

VOLUMEN

4

Raúl Leoni

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Rafael Arráiz Lucca



EL NACIONAL

5 años
Que se dejan ver



BANCO DEL CARIBE

Rafael Arráiz Lucca

Escritor. Profesor Titular de la Universidad Metropolitana. Abogado (Ucab, 1983), Especialista en Gerencia de Comunicaciones Integradas (Unimet, 2002). Candidato a Magister en Historia de Venezuela (Ucab). Inició sus tareas con la palabra en el Taller Calicanto y en el grupo Guaire. Entre sus poemarios se cuentan: *Balizaje* (1983), *Terrenos* (1985), *Almacén* (1988), *Litoral* (1991), *Pesadumbre en Bridgetown* (1992), *Batallas* (1995), *Poemas ingleses* (1997), *Reverón, 25 poemas* (1997), *Plexo solar* (2002) y *Obra Poética* (1983-2004). Entre sus libros de ensayos se cuentan: *El avión y la nube* (1991), *Venezuela en cuatro asaltos* (1993), *Trece lecturas venezolanas* (1997), *Vuelta(s) a la patria* (1997), *Los oficios de la luz* (1998), *El recuerdo de Venecia y otros ensayos* (1999) *El coro de las voces solitarias, una historia de la poesía venezolana* (2002) y *¿Qué es la globalización?* (2002).

Su trabajo ha merecido el Premio de Poesía de Fundarte (1987), el Premio Municipal de Poesía (1993), el Premio Monseñor Pellín al mejor articulista de opinión del año (1999) y el Premio Henrique Otero Vizcarrondo del diario *El Nacional* al mejor artículo de opinión del año (2001).

Asimismo, se ha desempeñado en el campo de la gerencia cultural como Presidente de Monte Ávila Editores y Director General del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC), y ha sido Investigador en el Instituto de Estudios Avanzados (IDEA); Visiting Fellow en la Universidad de Warwick (1996) y titular de la Cátedra Andrés Bello del Saint Antony's College de la Universidad de Oxford (1999-2000), ambas en Gran Bretaña. Actualmente, en la Universidad Metropolitana, Coordina la Especialización en Gerencia de Comunicaciones Integradas. Desde 1997 es columnista semanal del diario *El Nacional*. Desde el año 2000 es presidente de la Fundación para la Cultura Urbana.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Raúl **Leoni**

Raúl **Leoni**

(1905-1972)

Rafael Arráiz Lucca

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Asistente Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Sergio Dahbar

Asesor Editorial: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Turkovic

Coordinación de Nuevos Productos:

Astrid Martínez

Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Colección familia Leoni (portada y p.9), Archivo

El Nacional (portada El Guri)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: lf7892005920222

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-6518-63-2

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario El Nacional, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario El Nacional buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de El Nacional

Los orígenes



Las causas por las que un considerable número de corsos abandonó la isla, a principios del siglo XIX, son varias. Entre ellas está la decisión de no dejarse reclutar por el ejército napoleónico, pero también hay otra: la competencia de productos agrícolas importados con la producción local, que condujo a la inviabilidad del negocio. Además, influyó en el ánimo de los emigrantes la sobrepoblación de la isla en proporción con las fuentes de trabajo existentes. De allí que muchos corsos vieran en los destinos americanos una posibilidad para sus vidas. Puerto Rico, Trinidad, Saint Thomas y las antillas francesas, así como los puertos venezolanos de Carúpano y Río Caribe, fueron ámbitos propicios para la vida americana de estos isleños mediterráneos.

Señala el historiador Nikita Harwich Vallenilla en su ensayo “La red comercial corsa y el desarrollo de la producción de cacao en el oriente venezolano, 1830-1930” que: “La primera referencia de un residente corso en Carúpano remonta al año 1821”, pero más adelante acota:

“El individuo generalmente acreditado con el hecho de haber sido la figura fundadora de la comunidad corsa en el oriente venezolano fue José Vicente Franceschi, quien llegó a Carúpano a la edad de 17 años, en 1828.”

(Harwich, 1999:425)

De modo que es un hecho cierto que la entrada de los corsos a Venezuela se dio mayoritariamente por el oriente de la república, sobre todo buscando integrarse al desarrollo del cultivo del cacao, pero con el paso de los años fueron diseminándose por toda la geografía nacional. Muchos de ellos se trasladaron a Guayana, llamados por la “fiebre del oro” y, también, por el cultivo del caucho, conocido como el “balatá”. El auge económico que rozó a Upata guarda estrecha relación con el descubrimiento de la mina de “El Callao” en 1853, y luego con la ya señalada explotación del balatá o purguo, cuya variedad se encontraba en los bosques de Yuruari, que fueron literalmente devastados en busca de esta materia.

Acerca de esta prosperidad económica hacía referencia en cartas a sus parientes corsos Domingo Scribani, que trabajaba en esta industria e invitaba a sus familiares a comprometer su futuro en aquellas regiones selváticas e ignotas. Ese llamado lo atendió su sobrino: el joven Clemente Leoni Scribani quien, según referencias orales que pasaron de generación en generación, desembarcó en el puerto de San Félix en 1898. Había nacido en el pueblo de Murato, en el distrito de Bastia, en Córcega, el 24 de noviembre de 1874, y era hijo de Bartolomé Leoni y de Ángela Scribani, quienes luego vieron emigrar hacia Venezuela a otros de sus hijos: Domingo, Pablo, Ernesto y Juan Bautista, de los que regresaron a Córcega, años después, Ernesto, Pablo y Domingo, permaneciendo para siempre en Venezuela Juan Bautista y Clemente, ya que ambos se casaron con venezolanas y tuvieron su descendencia entre nosotros. De ellos vienen las dos ramas Leoni que han hecho vida en Venezuela. Juan Bautista se estableció en El Manteco y Clemente, en Upata.

Aquel joven de veinticuatro años que ha llegado de Córcega va a casarse en Upata con Carmen Otero Fernández, hija de Ramón Otero Vigas y Francisca Fernández, perteneciente el primero a una vieja familia del oriente venezolano, los Otero, que ha participado activamente en la vida republicana. El artista Alejandro Otero Rodríguez, el periodista Miguel Otero Silva, el empresario Henrique Otero Vizcarrondo, el naturalista Edgardo Mondolfi Otero, son algunos de los más útiles integrantes de esta casa familiar. Por su parte, Ramón Otero Vigas era hijo de José María Otero Padilla y Magdalena Vigas Alcalá, y este a su vez era hijo de José María Otero de la Vega y Carmen Padilla, con lo que sus ancestros estaban enraizados en oriente desde hacía más de un siglo.

De la unión de Clemente y Carmen llegan al mundo Armando, que murió de quince años; Clemente, que murió en 1965; Raúl; Regina, que murió de cinco años, y Tancredo, que fue el más longevo y falleció sin descendencia en los años finales de la década de los años ochenta del siglo XX. Clemente Leoni Scribani va a fallecer en 1946, a los setenta y dos años, y Carmen Otero de Leoni, a quien apodaban “La Quita”, en 1965, a los ochenta y dos, ya que había nacido el 20 de marzo de 1883. Durante toda su vida, a aquella mujer alta y delgada, la soliviantó la opresión ejercida por las dictaduras, y la vida política le interesó particularmente. Ha debido influir decisivamente en la vocación de su hijo. Acerca de esta fascinación de “La Quita” por los asuntos de la *polis* abundan testimonios familiares de distintas etapas de su vida. La jovencita de la que se enamora Clemente Leoni, ya muestra el mismo ímpetu de su vida madura.

A Clemente Leoni le sonrió la fortuna en Upata, y luego en El Mante-co, al punto que rápidamente logró acumular un capital considerable que le permitió mudarse con su familia a Caracas, en 1918, en busca de una mejor educación para sus hijos. En la capital abrió las puertas de la farmacia La Francesa, y estuvo al frente de ella por varios años, hasta que por razones políticas, relativas al desempeño de su hijo Raúl, emigró a Barranquilla en donde montó una frutería en la esquina del

Cañón Verde, al final del Paseo Colón de la ciudad caribeña, junto con los compañeros de su hijo: Rómulo Betancourt, Gonzalo Carnevali y Ricardo Montilla, y el propio Raúl, para luego trasladarse, en 1934, a Aracataca, el legendario pueblo macondiano de Gabriel García Márquez, a trabajar con las bananeras extranjeras que cultivaban este fruto tropical. Aquellos años en Barranquilla del viejo Leoni, transcurren sin su esposa; así lo afirma su hijo Raúl en entrevista concedida a Ennio Peñalver días antes de morir, en 1972:

“Mi padre y yo instalamos una frutería para lograr un dinero a fin de enviárselo a mi madre que se quedó en Caracas (...) Siempre había dinero suficiente para todos y cuando no se vendía nada entonces las manzanas, cambures y las piñas eran consumidas, el negocio como tal era bueno, pero no pudo aguantar tanto. Al fin hubo que cerrarlo.”

(VA, 1972:267)

El “tanto” al que se refiere Leoni alude a que la frutería fue fuente de víveres de muchos venezolanos durante el exilio en la ciudad costeña, y de “tanto” fiar, pues las ganancias no eran sustanciosas, aunque quedaba la satisfacción de la ayuda a los compatriotas. Finalmente, el viejo Clemente regresa a Caracas después de la muerte del general Gómez, en 1936, y los diez años de vida que tiene por delante no van a ser tan afortunados en materia económica, como sí lo fueron aquellos iniciales en la región guayanesa.

De modo que la casa donde va a nacer Raúl Leoni está signada por dos ramas familiares distintas. Una de origen corso y otra de asentamiento nacional ya muy prolongado. El deseo de Clemente Leoni fue integrarse a la venezolanidad de inmediato, y de hecho el francés, su lengua madre, no le fue transmitida a sus hijos de manera cotidiana, ni estuvo en su mente el proyecto de regresar a Córcega. Clemente Leoni había quemado sus naves en Venezuela.

Una infancia **guayanesa**

Raúl Leoni Otero nace en El Manteco el 26 de abril de 1905. Era el tercer hijo de Clemente y Carmen. La Upata de 1898, cuando llega Clemente Leoni, ya ha conocido el auge económico aurífero, y también conoce el furor por la explotación del caucho. El pueblo, fundado el 13 de enero de 1739, padeció la invasión de piratas ingleses y la desolación, al punto que fue necesario refundarlo el 7 de julio de 1762, con veinticuatro casas, sobre el vacío que la diáspora de sus habitantes dejó, huyendo de la invasión pirata. Y fue con base en el pueblo nuevo que los capuchinos catalanes iniciaron la explotación del hierro, y también fue entonces Upata punto de partida de los misioneros que se proponían una mayor penetración en las zonas selváticas.

Va a ser en 1845 cuando se construya el camino que comunicó a Upata con San Félix, antes conocido como Puerto Tablas, y en 1873 se trazó el camino que la comunicó con Guasipati. En cuanto a sus dimensiones poblacionales, un censo de 1816 señala la convivencia de 1.494 almas, y otro de 1931 arroja el número de 4.000 habitantes. De modo que para principios del siglo XX, años en los que Leoni dará sus primeros pasos, Upata debe contar con cerca de 2.000 habitantes. No me detengo a dibujar someramente el pueblo de El Manteco porque,

en verdad, Leoni nació allí por razones circunstanciales, ya que el ámbito de su infancia, y la comarca de su familia, fue Upata.

La Venezuela de entonces está recibiendo el siglo con nuevos rostros en el poder. La llegada de los andinos al centro capitalino ha supuesto la iniciación de una larga hegemonía tachirense que va a durar hasta el 18 de octubre de 1945, episodio en el que aquel niño Leoni Otero será protagonista. Por lo pronto, para 1905 ya ha tenido lugar la última batalla que se dio en el país: la de Ciudad Bolívar, cuando el segundo del régimen de Cipriano Castro, su compadre Juan Vicente Gómez, al mando de sus tropas derrota a las fuerzas del general Nicolás Rolando, con lo que se sella la larga era del caudillismo regional, que abarcará desde los inicios de la vida republicana hasta el 21 de julio de 1903, fecha en la que tuvo lugar la mencionada batalla. Antonio Arráiz, en su libro *Los días de la ira*, contabiliza entre 1830 y 1903 alrededor de 39 alzamientos militares, algunos exitosos y otros no, algunos de grandes proporciones y otros de menores, pero esta cifra arroja un promedio de una intentona militar cada año y medio, lo que sin duda es abrumador.

Por otra parte, apenas siete meses antes de la batalla de Ciudad Bolívar, en diciembre de 1902, el gobierno de Castro ha enfrentado el bloqueo de los puertos principales de las costas venezolanas por parte de las fuerzas navales de Alemania e Inglaterra, que reclaman el pago de la deuda que la república acumula con ellas. Esta circunstancia fue propicia para que Castro galvanizara al país en torno suyo, en defensa de la integridad territorial y del principio de soberanía, hasta que la intervención de los Estados Unidos de Norteamérica invocando el llamado “corolario Roosevelt” de la doctrina Monroe colocó el punto final al conflicto, lográndose un cronograma y una forma de pagos de lo adeudado. Ambos hechos, el bloqueo y la victoria militar sobre Rolando, y en consecuencia sobre Manuel Antonio Matos, le otorgan fortaleza al régimen de Castro para la fecha en que vendrá al mundo el tercer hijo de los Leoni Otero.

La Upata de la infancia de Leoni es la misma que describe el maestro Rómulo Gallegos en *Canaima*. Dejemos que sean sus palabras las que le den vida:

“Aire luminoso y suave sobre un valle apacible entre dulces colinas. Techos de palma, techos de zinc, rojos o patinosos tejados, una vegetación exuberante, de jardín y huerta domésticos, en patios y solares. Unos montes lejanos, tiernamente azules.”

Y más adelante dice:

“Upata vive del tránsito: de los fletes de las cargas que transportan sus carros y del dinero que van dejando en ella los forasteros, cuando se dirigen al interior, hacia las montañas purgueras y las quebradas del oro del Cuyuní y cuando regresan de allá a poner la fiesta, porque éste es el pueblo más alegre de todo el Yuruari.”

Luego dedica un párrafo a los oficios upateños:

“Sonaba todavía por allá el trabajo cantarino de la mandarria del herrador contra el yunque, tintineaban las colleras de las mulas de otros convoyes que venían llegando o ya se ponían en camino y aquí y allá, en las cosas y en las palabras que al paso se escuchaban –en la talabartería, la herrería o la carruajería– todo giraba en torno a la vida del carrero. En el aire flotaba el olor de las bestias. Por las conversaciones pasaban caminos. Camino de San Félix, camino de Tumeremo, camino de El Callao, camino de El Palmar ... en Upata de los carreros todo viajaba.”

(Gallegos, 1935: 52)

Otras referencias de Upata durante la infancia de Leoni nos las brinda Carlos Rodríguez Jiménez en su libro *Upata*. Allí, refiriéndose a las viejas casas del pueblo, señala:

“En esa misma cuadra, y al extremo oriental de la manzana, estuvo por muchísimos años la casa denominada El Bazar, con su galería cubierta, salediza, que sobrepasaba la acera e invadía la calle, pero que constituía un ornato con sus gráciles columnas, obra

de artistas de la localidad. Allí tuvieron, sucesivamente, importantes negocios el acaudalado comerciante francés don Clemente Leoni, quien hizo una fortuna con el negocio del balatá.”

(Rodríguez, 1964: 242)

Esta fortuna que hizo Clemente fue la que le permitió trasladarse a Caracas, donde sus hijos pudieran hacerse de un mejor bachillerato, para luego poder optar a entrar en la universidad.

Han debido aprender las primeras letras los niños Leoni Otero en la escuela que regentaba Pedro Andrés Cova Álvarez, justo en la acera de enfrente de la casa El Bazar, donde Clemente lidiaba con el balatá. Aquellas calles de gente que iba y venía, como las describe el maestro Gallegos, han debido ser los espacios donde el niño Raúl fijó sus primeras imágenes. Y fue de la mano de la señorita Lilia Acevedo, según Rodríguez Jiménez, que Leoni aprendió a leer en la escuela de Cova, y luego asistió al colegio que fundó Henriqueta de Pérez, institución que fue orgullo de Upata por la calidad de su enseñanza.

Pero así como la educación no faltó en casa de los Leoni Otero, también llegaron hasta ella visitantes indeseables. Sabemos que entre el 9 de mayo y el 15 de julio de 1908 la fiebre amarilla cundió en Upata, causando múltiples estragos. Entonces cayeron en cama los niños Armando, Regina, Clemente y Raúl, y estuvieron al cuidado de un médico upatense eminente: Eduardo Oxford, quien por entonces ejercía prácticamente un apostolado médico en el pueblo. Las calamidades de la salud estarán a la orden del día en el hogar de los Leoni Otero, lamentablemente. Primero moriría Regina, a los cinco años, y luego Armando, a los quince, de un problema cardíaco congénito, con lo que el carácter de Carmen Otero de Leoni se agrió comprensiblemente, y le hizo adoptar una actitud sobreprotectora sobre sus otros hijos, según refieren quienes la conocieron de cerca. Los nervios de doña Quita la traicionaban con frecuencia, a ello le atribuyen en su familia que el niño Raúl no aprendiese a nadar, como sus compañeros de generación, ya que su madre al llevarlo al río Yocoima le prohibía su-

mergirse, y no lo dejaba pasar de la orilla. Doña Quita fumaba mucho: no lograba el sosiego, acosada por la muerte de sus hijos pequeños. Ignoraba, entonces, que la vida le formularía desafíos de otro calibre: el exilio de Raúl, la cárcel de Clemente y Tancredo, sin otra explicación (¿o pecado?) que la de ser hermanos del presidente de la Federación de Estudiantes de Venezuela. Es posible que este cuadro de comprensible crispación de la madre haya contribuido a tallar el carácter silencioso y reflexivo del niño Raúl. Desde muy temprano fue acostumbrándose a comprender.

Los Leoni Otero se mudan a Caracas en 1918, pero Upata siempre estuvo en sus corazones. De hecho, el candidato Leoni en julio de 1963, cuando obtiene la designación de su partido, anuncia su viaje a Upata, y luego en un discurso pronunciado en la plaza del mercado de la ciudad de su infancia, el 25 de julio de 1963, alentado por la multitud de partidarios de Acción Democrática, dijo:

“He querido comenzar mi campaña electoral por el pueblo que me vio nacer, porque fue aquí donde se formó mi espíritu y se templó mi carácter. Todo ello forma parte de la reciedumbre moral que he puesto al servicio de las mejores causas de mi pueblo.”

El amor al terruño familiar acompañará siempre a Leoni, el mismo terruño de su futura esposa y de su familia, el mismo al que estarán vinculados sus hijos.

El estudiante **en Caracas** (1918-1928)

Cuando Clemente y Carmen deciden mudarse a Caracas son tres y no cinco los hijos que forman la prole. Buscan una educación media más aquilatada que la que entonces puede ofrecerles Upata. Los recursos con los que cuentan no son escasos, y la voluntad de trabajo de Clemente tampoco. Inmediatamente abre las puertas de su farmacia, a la que decide llamar La Francesa en honor de su gentilicio de origen. Queda en la esquina de Peinero, no muy lejos de la residencia que habitan, entre las esquinas de Pájaro y Curamichate. Corre el año de 1918, y el bachillerato espera por el adolescente Raúl, de trece años entonces. La Caracas a la que llegan los Leoni está siendo diezmada por la “Gripe Española”. Afirma la historiadora Dora Dávila en su estudio sobre *La gripe española de 1918*:

“Al comenzar noviembre, la mortalidad por gripe en Caracas llegó a su máximo con la cifra de 98 defunciones por día desde el primero al cuatro, comenzando a declinar, entonces, rápidamente, para quedar reducida a cuatro o seis diarias durante el mes de diciembre.”

(Dávila, 1994: 6).

En esta oportunidad a los Leoni, que habían conocido los infortunios de la salud, la providencia los eximió de ellos, y ninguno contrajo la gripe. El general Gómez suma una década en el poder. Ese mismo año los poetas de la llamada “Generación de 1918” ofrecen sus primeros recitales. Entonan su canto Enrique Planchart y Fernando Paz Castillo, y de la primera guerra mundial se escucha el eco en aquella ciudad acotada por los cerros que forman el valle.

Raúl es inscrito en el Liceo Caracas donde imparten materias Luis Espelozín y Rómulo Gallegos. Este último va a ser fundamental en el nacimiento de su vocación política. De ello no queda duda. Relatan sus hijas Carmen Sofía y Luisana Leoni de Moreno que el día en que le entregó la Presidencia de la República a Rafael Caldera, en marzo de 1969, antes de regresar a su casa de la urbanización Los Palos Grandes, quiso detenerse en la residencia de don Rómulo en Altamira. Ya Gallegos estaba postrado en cama y el ex presidente Leoni subió a su habitación y le dijo: “Maestro, le he cumplido.” Un mes después, el 7 de abril de 1969, fallecía el gran novelista y educador caraqueño.

Para el momento en que Leoni ingresa al Liceo Caracas el sub-director es Gallegos, quien abandona el cargo para dirigir la Escuela Normal de Caracas, pero regresa en 1922 a la dirección del Liceo, y permanece al frente de él hasta 1930. De modo que Leoni lo conoce comenzando el bachillerato y vuelve a frecuentarlo al final, entre 1922 y 1923, año en que se gradúa de bachiller, y al siguiente (1924) ingresa a estudiar derecho en la Universidad Central de Venezuela. Por las aulas del Liceo Caracas pasaron, además de Leoni, los futuros integrantes de una generación fundamental, la de 1928: Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Armando Zuloaga Blanco, Miguel Otero Silva, Isaac J. Pardo, José Tomás Jiménez Arráiz, Rafael Vegas, entre otros, y todos reconocieron siempre el magisterio de Gallegos. Por ello, en otras páginas, me he permitido llamar al maestro como el hombre-puente, aludiendo al hecho de que la generación que va a modernizar a Venezuela será la de sus alumnos, que lo tienen como ductor, suerte de icono y símbolo, y lo escogen en 1947 para ser el

primer presidente electo por el voto universal y directo en nuestra historia republicana. En el caso que nos ocupa, además, abundan testimonios acerca de la devoción que Leoni tuvo siempre por el maestro Gallegos, por quien profesó una admiración sin fisuras a lo largo de toda su vida. Insisto, no es éste el ámbito para reflexionar sobre la influencia decisiva del novelista sobre la generación fundamental de la Venezuela moderna, pero tampoco puedo dejar de señalarlo.

Su primera prisión es liceísta, no universitaria, y tiene lugar en 1921, cuando a los dieciséis años, junto a algunos de sus compañeros de aula, se solidariza con la huelga de los tranviarios y va a dar a la cárcel de La Rotunda por unos días. Entonces “probó la medicina” que el destino le tenía reservada en varias oportunidades más. Es muy probable, por cierto, que la decisión de los liceístas de acompañar la huelga de los tranviarios estuviera inspirada en las enseñanzas cívicas de Gallegos. El maestro despertó en aquella generación una conciencia republicana enfática, que poco a poco le fue señalando el camino, asumiendo todos los riesgos implícitos, como ya señalamos antes. Esta primera cárcel, aunque el estudiante no lo sospechara, no sería la única que habría de padecer el guayanés.

Muchos de los compañeros de clases de Leoni le profesaron afecto toda la vida. Esos mismos compañeros lo eligieron como presidente del Centro de Estudiantes de Derecho, desde dónde le tocó nombrar al comité director de la revista estudiantil *Centro*, y luego, en el mismo año de 1927, lo eligieron para suceder a Jacinto Fombona Pachano como presidente de la Federación de Estudiantes de Venezuela, la legendaria FEV, desde donde se coordinaron los sucesos de la *Semana del Estudiante en febrero de 1928*.

La Federación de Estudiantes de Venezuela se fundó el 15 de marzo de 1927, y la directiva estaba presidida por Fombona Pachano; como primer vicepresidente se desempeñaba Elías Benarroch; como segundo vicepresidente V. Penso de León; como secretario de actas Raúl Leoni; como secretario de correspondencia Isaac J. Pardo; como tesorero

Rutilio Martín; como subtesorero José Lorenzo Prado y como vocales destacaban Miguel Otero Silva y José Francisco Chapman. El acto de instalación de la FEV tuvo lugar el 7 de mayo de 1927 en la Academia de Bellas Artes, dirigida por el pintor Carlos Otero. En ese acto se firmó un “Pacto fundamental de la Federación de Estudiantes” y hubo discursos de Fombona Pachano y del abogado y poeta José Tadeo Arreaza Calatrava. El comité organizador de la FEV, el que convocó la Asamblea que le dio nacimiento, estuvo presidido por Leoni, lo que hace evidente el empeño que puso en la creación de esta organización.

En mayo de 1927 se procedió a la elección de la directiva del Centro de Estudiantes de Derecho para el período mayo-octubre de 1927, quedando constituida así: presidente, Raúl Leoni; Héctor Parra Márquez y José Salazar Domínguez, vicepresidentes; Luis Urbaneja Blanco, secretario; Ramón A. León, subsecretario; José G. Lugo, tesorero; Reinaldo Guánchez, bibliotecario. El presidente Leoni nombró a Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt, Jacinto Ramírez y Carlos Irazábal para que integraran la dirección de la revista *Centro*, publicación de la que designó a Inocente Palacios como administrador.

Ya en la presidencia de la FEV, el 3 de noviembre de 1927, Leoni editorializa y redacta un acuerdo de la organización promoviendo la creación de “La casa del estudiante”, que busca paliar la situación económica de los estudiantes universitarios quienes, por diversas circunstancias, se ven en la necesidad de trabajar y estudiar a la vez. En el editorial, firmado por el presidente Leoni y el secretario interino Isaac J. Pardo, se lee:

“Una casa donde el estudiante encuentra habitación a precio mínimo, con la comodidad y el desahogo capaces de darle una vida higiénica y propicia al desenvolvimiento de sus fuerzas intelectuales y físicas, sin aprietos ni amarguras económicas: tal es el objeto de esa institución que existe hoy en Bélgica, en España, en Colombia, en Francia, donde se construye actualmente la Ciudad Universitaria, con ayuda de los países más cultos de la tierra.”

Luego, en el cuerpo del acuerdo firmado por la FEV, se designa una Junta Central Pro-Casa del Estudiante, integrada por los doctores Diego Carbonell y José Izquierdo, entre otros, pero los resultados de lo propuesto fueron infructuosos, ya que muy pronto el gremio estudiantil iba a ser fuente de ingentes problemas para el régimen gomecista, y el proyecto de “La casa del estudiante” quedaría en el limbo.

El surgimiento de la determinante generación política de 1928 ocurre durante los hechos de la Semana del Estudiante de ese año. Era costumbre desde 1926 celebrar aquella semana estudiantil, y es por ello que el Consejo Supremo de la FEV, presidido por Leoni y refrendado por el Secretario de Actas, Isaac J. Pardo, decreta celebrar la semana durante los días 6, 7, 8, 9, 10, 11 y 12 de febrero. Entonces se acuerda, además, elegir una Reina de los Estudiantes, y en articulado siguiente se determina el procedimiento de elección de la soberana.

Leoni, como presidente de la FEV, escoge a los estudiantes que discurrirán en los actos públicos que tendrán lugar durante los siete días estudiantiles, y es un hecho particularmente significativo de su personalidad que no se hubiese seleccionado a sí mismo para disertar públicamente. Prefirió designar a otros en la tarea. Curioso y extraño gesto de generosidad, así como singular la capacidad para reconocer en algunos de los otros estudiantes méritos oratorios que en él no formaban parte de sus principales atributos. Jóvito Villalba enciende su verbo en el Panteón Nacional ante los restos del Libertador:

“Al propio tiempo, en tierras de Venezuela, reduciéndole al límite de la patria, la afirmación de que ha vuelto a sonar el momento del héroe, se revela también, como nueva campanada para esta tumba gloriosa, en la inquietud de nosotros, que es la inquietud del gesto que ha de venir.”

(Gabaldón Márquez, 1978: 207)

Por su parte, discurre Joaquín Gabaldón Márquez ante el busto de José Félix Ribas en la plaza de La Pastora:

“¡No se oculta a quienes ven con los ojos alumbrados de buena voluntad, el movimiento de renovación, el arranque vigoroso, el anhelo decidido, de traficar nuevos caminos, hacia una patria inédita, que bulle en el corazón y en el cerebro de la juventud.”

(Gabaldón Márquez, 1978: 211)

El poeta Antonio Arráiz canta a “La boína del estudiante” símbolo inequívoco del momento histórico:

*“Carezco de voz para Lindbergh.
En cambio, canto
la boína del estudiante.”*

(Arráiz, 1987:108)

También el poeta Jacinto Fombona Pachano le canta a la reina, en la velada del Teatro Municipal en la que se coronó a Beatriz I, Beatriz Peña Arreaza, como soberana estudiantil. Lo mismo hizo Pío Tamayo entonando su poema “Homenaje del Indio”. Por último, Rómulo Betancourt discurre en la jornada del teatro Rívoli, dibujando una metáfora al dirigir sus palabras a la reina, pero buscando que fuesen escuchadas en clave revolucionaria y política.

Al régimen gomecista, de pronto, le estalló una granada imprevista en el patio: ¿Cómo enfrentar con armas a estudiantes desarmados que, sin embargo, cuestionaban la legitimidad del mando? Mientras toma una decisión definitiva, el régimen los hace presos, y provoca la solidaridad de otros gremios. Leoni fue privado de su libertad y destinado al castillo de Puerto Cabello. El episodio lo relata uno de sus protagonistas, José Tomás Jiménez Arráiz:

“Nos metieron en calabozos-bóvedas, más o menos 40 en cada uno, nos cerraron las rejas sin proporcionarnos en qué dormir, nos pasaron por enfrente carretillas de grillos y se fueron (...) cerrando la puerta del postigo sin decirnos ni una sola palabra. En el calabozo que me tocó en suerte, o mejor, en desgracia, estaban entre otros, Juan José

Palacios, Raúl Leoni, Germán Tortosa, Odoardo León Ponte, Sánchez Carvajal, Benjamín Quintana Silva, Amílcar Plaza, Guillermo Prince Lara, Guillermo Perera, etc.”

(Jiménez Arráiz, 1961:30).

Estando presos en el castillo de Puerto Cabello tuvo lugar lo que narran Betancourt y Otero Silva en el panfleto *En las huellas de la pezuña*. Me refiero a la situación que planteó entre los presos el coronel Hugo Fonseca Vivas, quien les lleva una carta redactada por él mismo para que sea firmada por los estudiantes, a cambio de su libertad. La reacción de los estudiantes encarcelados fue de indignación y, sin embargo, Fonseca propuso que lo consultaran con todos los presos, cerca de 400, en el castillo. Para la consulta se designó al presidente de la FEV:

“Empezó la sesión. Silenciosamente nos fuimos sentando en semi-círculo. Leoni, quien en esa tarde se creció con su entereza viril, anunció que iba a dar lectura a una carta que nos exigían dirigiéramos a Gómez. Con su voz recia de orador de la Convención empezó nuestro Presidente a leer la epístola de marras, acentuando con un tono especial, forzado, que hubiera sido cómico de no ser trágico, los períodos culminantes de cinismo. Terminada la lectura, Leoni paseó la mirada, interrogadora tras los espejuelos inquietantes, a lo largo del grupo y exigió que todos los dispuestos a firmar la carta se pusieran de pie.”

Nadie se levantó, y el silencio fue tan profundo como el asombro de Fonseca y sus acompañantes. Varios estudiosos han comentado que este episodio constituye uno de los primeros ejercicios democráticos de la Venezuela que aspiraba a ser moderna, pero en verdad se dieron en el seno de las agrupaciones estudiantiles no pocas elecciones democráticas. Lo que sí es cierto es que esta fue dramática y multitudinaria, además de cargada de pesos simbólicos hacia el futuro.

Después de un mes, muchos de los estudiantes salieron de las cárceles. Así lo señala Joaquín Gabaldón Márquez en su libro *Memoria y cuento de la generación del 28*:

“Y en los días de la primera quincena de marzo regresaban los estudiantes a Caracas, atravesando Valencia y algunos pueblos del tránsito, en medio de una apoteosis, mientras la capital los recibía con júbilo delirante, poniendo con ello de resalto cómo bullía la protesta general contra el gobierno y cómo la actitud de los universitarios expresaba las más íntimas y encendidas ansias del pueblo venezolano.”

(Gabaldón Márquez, 1978:89).

A los hechos de la Semana del Estudiante, en febrero, les sucedió una conjura militar el 7 de abril de 1928, levantamiento que es debelado por el general Eleazar López Contreras, con lo que a los implicados no les queda otro camino que la cárcel o el exilio, una vez que el intento de tomar el Cuartel San Carlos fracasa. Entre los implicados, como muchos de los estudiantes, está Leoni.

El primer **exilio** (1928-1936)

Sabemos que un amigo de la familia Leoni, Henrique Silva Pérez, llevó al presidente de la FEV a Maracay, haciéndolo pasar como su ayudante en una pelea de gallos. Una vez distraída la atención de la policía lograron seguir camino hasta Puerto Cabello, en donde el estudiante logra montarse como polizón en un barco que va rumbo a Curazao. Súbitamente el capitán del navío advierte que lleva un polizón y decide devolverse a puerto para entregarlo a las autoridades, pero el pasaje solidario se niega, convenciendo al capitán para que siga su derrotero hacia la isla antillana. Leoni conoce entonces la gloriosa solidaridad del venezolano, capaz de colocarse los zapatos del otro, y llega a la isla, en donde se inicia su primer exilio, un largo extrañamiento que fue decisivo para su formación y su experiencia vital.

Al llegar en abril a Curazao, Leoni se suma al grupo de compañeros que ya estaban allí: Rómulo Betancourt, Miguel Otero Silva, Gustavo Reyes, Guillermo Prince Lara, Gustavo Tejera, Gustavo Ponte y Pablo González Méndez. Señala Jiménez Arráiz que vivían en una pensión atendida por las hermanas Parra. Poco tiempo estuvo allí antes de irse hacia Colombia, todo indica que a Barranquilla, porque la carta que le

envían Leoni y Carnevali al director de *La Prensa* de Barranquilla está escrita en la misma ciudad el 21 de mayo de 1928. En esa carta refutan los comentarios elogiosos de un articulista colombiano sobre la dictadura gomecista. Luego se trasladan a la capital de Colombia, ya que firman el “Mensaje a las juventudes universitarias” el 6 de junio en Bogotá, donde se reseña que son acogidos por la rectoría del Externado de Derecho de forma gratuita, dada su condición de exilados políticos. En ese mensaje se lee: “Escapados milagrosamente de las garras de Gómez, desde Bogotá lanzamos nuestro grito de indignación y de protesta.” De su partida de Curazao queda la parodia de un tango que compuso Otero Silva, con su gracia característica:

*“Vete sin miedo, Leoni
no te diremos nada
en “el nidal” con pulgas
tu hamaca siempre está
y donde Calderón,
¡Oh, cabezota calva!
tu plato de natilla
de fijo encontrarás.*

*Contigo se va, Leoni,
un tercio para el tango
de este nidal valiente
donde todo es llorar.*

*Por este Presidente,
que va para Colombia
y por Santos Dominici
que nunca llegará.”*

(Jiménez Arráiz, 1961:37)

El 20 de octubre de 1928 Joaquín Gabaldón Márquez le envía una carta a Leoni en Bogotá, y el 28 del mismo mes envía otra a Leoni, Gonzalo Carnevali y José Tomás Jiménez Arráiz en Bogotá, con copia a Betancourt en Curazao, de modo que aún Barranquilla no es un sitio de permanencia. Es Jiménez Arráiz, de nuevo, quien nos aclara la estancia bogotana de Leoni:

“En Bogotá ya estaban instalados Gonzalo Carnevali y Raúl Leoni. Yo fui a vivir con ellos, gozando los tres de la gentileza de Carmen de Benchetrit, esposa del doctor Aarón Benchetrit, quienes nos brindaron un hogar en su casa en la capital colombiana.”

(Jiménez Arráiz, 1961: 41).

Por otra parte, en la primera carta de Gabaldón Márquez éste le informa a Leoni:

“En cuanto a la prisión de tu hermano Tancredo, que está desde hace tres meses en la Policía, Velazco la justifica diciendo que “es hermano del estudiante que está en Colombia escribiendo mal del gobierno”. Y es la verdad, porque no de otro modo podía justificarse la detención en esa forma de un muchacho de 18 años, ajeno a toda actividad política y sobre quien no pesa ninguna acusación legal, siquiera correccional o de simple policía.”

(Gabaldón Márquez, 1978: 235)

El Velazco al que alude Gabaldón es el jefe de la policía de Caracas, encargado de las detenciones estudiantiles de entonces. También contamos con la carta que el viejo Clemente Leoni, desesperado, le escribe al doctor Rafael Soucy, el 7 de mayo de 1929, en su condición de Presidente de la Unión Francesa de Venezuela, solicitándole que Francia intervenga mediante sus buenos oficios para obtener la libertad de Tancredo. Allí narra las vicisitudes que ha tenido que pasar para ser atendido por las autoridades y recibir una mínima respuesta sobre su menor hijo, injustamente preso:

“Hágame el favor de decirme señor doctor a quien me corresponde dirigirme en un trance de esta magnitud en el cual se está jugando la vida de mi hijo, o por lo menos la inutilización completa de su pierna de la cual es cojo y que constantemente le duele y que hay que curarle diariamente, por supuesto hoy sin cuidados de ninguna especie y con los grillos debe soportar dolores agudísimos.”

(Archivo familia Leoni-Fernández)

Contamos con otras referencias del mismo Jiménez Arráiz que certifican que Leoni frecuentó la amistad de la familia de Luis Lleras Coda-zzi, un venezolano que tuvo que abandonar Apure por causas desconocidas, y había fundado su hogar en Bogotá. Sus hijas, Rosario y Josefina, formaron parte del afecto de Leoni durante toda su vida: con ellas mantuvo correspondencia en todas sus situaciones. De un episodio musical con las hermanas Lleras hace alusión Jiménez Arráiz, deslizando que la circunstancia humorística tuvo fuente en la indeclinable timidez de Leoni, siempre más amigo del silencio que de la locuacidad. Estos hechos, aunque el autor no los fecha, han debido ocurrir en los meses finales de 1928, ya que en los primeros meses de 1929, hallamos a Leoni viviendo en Barranquilla, como se desprende de una carta que le dirige a José Rafael Pocaterra, desde Santo Domingo, el 17 de septiembre de 1929.

De la vida barranquillera de estos primeros meses de exilio, contamos con el testimonio de Víctor More recogido en *Leoni, una condición humana*. Recrea More:

“Yo era corrector de pruebas y Leoni –que no era doctor todavía– me preguntaba: ¿Qué tal? ¿Cómo está el trabajo? Muchas veces me ayudaba a corregir pruebas y muchas salíamos para el café Roma, que quedaba en el paseo Bolívar, y yo los invitaba a café con leche y empanadas, porque la situación de los venezolanos era muy apurada. Ellos tomaban los alimentos en una casa que quedaba en Veinte de Julio, entre Medellín Sello (carrera 43, calles 43 y 44) y los ayudaba mucho el doctor Quintero Quintero y Antonio J. Mendible.”

(VA, 1972:367).

Para estos días en que ayudaba como corrector de pruebas, ya Leoni había intentado ser caletero en el puerto, pero no había tenido éxito, dadas sus escasas condiciones físicas para la tarea. Luego, incluso después de la experiencia de la frutería, junto a sus compañeros Betancourt y Montilla, Leoni crea un boletín de informaciones comerciales, y es con este instrumento mercantil con el que logra sobrevivir medianamente bien hasta el regreso a Venezuela.

En marzo de 1929 se presenta a Barranquilla el coronel Simón Betancourt buscando reunir gente para invadir a Venezuela por los lados de las costas orientales. Acuerda con Felipe Aristeguieta la búsqueda de recursos para la operación. A Betancourt se le suma el otro Betancourt, Rómulo, y salen de Barranquilla para Santo Domingo a buscar un parque y más recursos. Desde allí Rómulo Betancourt le escribe a Leoni para que, junto a otros rebeldes, salgan hacia esa isla en junio, y así lo hacen. Llegan el 28 de junio de 1929 a la capital de la República Dominicana. En esos días entran en comunicación el coronel Betancourt y el general Román Delgado Chalbaud y su expedición con el *Falke*. Acuerdan entonces la unión de ambas operaciones, pero quiso el destino que una comedia de malentendidos hiciese imposible que la operación del coronel Betancourt y la del general Delgado sumaran energías, llegando a costas de Cumaná el *Falke* solo, el 10 de agosto de 1929, mientras la embarcación de Betancourt, la goleta *Gisela*, tuvo que devolverse a Santo Domingo. Todo esto lo relacionan pormenorizadamente Leoni y Pedro Rodríguez Berroeta en la carta a Pocaterra. Ha debido pasarla muy mal el joven Leoni, que no había aprendido a nadar en el río Yocoima de Upata, mientras la goleta *Gisela* hacía agua y el capitán se negaba a ir más allá de las 100 millas acordadas, donde supuestamente se cruzarían con el *Falke*. De no haber fracasado este intento, probablemente Leoni y Betancourt hubiesen corrido la suerte de su compañero de estudios, Armando Zuloaga Blanco, o del propio general Delgado Chalbaud, quienes murieron en la refriega de Cumaná, pero esto forma parte del universo de las especulaciones.

En octubre de 1929, después del fracaso de Santo Domingo, Leoni regresa a Barranquilla. El *Falke* ha pasado de largo hacia su destino fatal, y los rebeldes de Barranquilla no integraron su pasaje. Durante los años que vienen, hasta los primeros meses de 1936, Leoni permanecerá en Barranquilla. Hasta la ciudad costera viajará su padre, a quien la vida caraqueña se le ha hecho insoportable: es hostigado por la progenitura del “comunista que habla mal del gobierno desde Colombia” y, como ya vimos, sus otros hijos han sido apresados, sin que haya ninguna razón para ello.

En 1930 el joven Leoni cuenta con 25 años, está desterrado, su familia ha sido duramente golpeada por su rebeldía frente a la tiranía gomecista, no ha podido terminar sus estudios de abogacía, y no cuenta con mayores recursos para sobrevivir. Es en estas circunstancias en que abre el negocio de la frutería, junto con su padre, en Barranquilla. El negocio no transcurre con demasiada fortuna, y don Clemente busca mejores situaciones en Aracataca. Allí consigue trabajo en las bananeras, en diciembre de 1934, y con frecuencia el joven Leoni se aventó hasta el legendario pueblo garciamarquiano a visitar a su “viejo”. De hecho, así lo recuerda el propio Gabriel García Márquez en sus *Memoorias*, confundiendo las edades de los personajes y la situación en que allí se encontraban, diciendo:

“Pero la colonia inolvidable para nosotros fue la venezolana, en una de cuyas casas se bañaban a baldazos en las albercas glaciares del amanecer dos estudiantes adolescentes en vacaciones: Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, que medio siglo después serían presidentes sucesivos de su país.”

(García Márquez, 2002: 57).

Ni eran adolescentes, ni estaban de vacaciones, pero valga el recuerdo afectuoso del Nóbel colombiano.

A Barranquilla han llegado en abril de 1930 Ricardo Montilla, en mayo Rómulo Betancourt y en septiembre, Valmore Rodríguez. Betancourt entra y sale de Colombia en su febril actividad conspirativa con-

tra el régimen gomecista. Estos jóvenes ignoran que avanzan hacia la redacción del Plan de Barranquilla: el primer programa de acción política de la generación de 1928, firmado en la ciudad costeña el 22 de marzo de 1931. Antes, en 1929, publicado en Santo Domingo, Rómulo Betancourt y Miguel Otero Silva han tejido a cuatro manos el panfleto *En las huellas de la pezuña*, en el que historian los hechos de 1928, y esbozan un sentimiento programático de lo que sueñan para Venezuela. Antes, también, a comienzos de 1930, Leoni, Montilla y Betancourt van a participar en el Comité Directivo provisional de la Alianza Unionista de la Gran Colombia, agrupación en la que participan colombianos, panameños, ecuatorianos y venezolanos, que buscan aprovechar el centenario de la muerte de Bolívar para traer a la mesa de discusión el asunto de la integración continental. Tanto en los textos de esta alianza, como en el panfleto de Betancourt y Otero Silva, el derrotero de sus ideas sigue el camino del “antiimperialismo yanqui”, la recuperación de la dignidad de la raza indígena ante la imperial, y un sentido nacionalista y soberano frente a las intromisiones del norte. En este universo epistemológico van ubicándose los jóvenes barranquilleros: no se sienten “comunistas”, como los llama para estigmatizarlos el régimen gomecista, pero no transigen ni un milímetro en cuanto a la defensa de lo nacional frente al imperialismo norteamericano. Se reconocen marxistas, los seduce a ratos el APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú, pero en los primeros años de exilio marcan distancia del Partido Comunista Venezolano. Luego, como veremos, más cerca del final de la dictadura gomecista, trazan un puente con ellos.

Las reuniones son diarias entre los conjurados de Barranquilla. Entre ellos, Valmore Rodríguez introduce cierta morigeración: es el mayor, le lleva cinco años a Leoni, ocho a Betancourt, tiene treinta y un años. Se suma al grupo desde su atalaya marabina, no ha participado directamente en la gesta estudiantil caraqueña, viene del grupo literario *Seremos*, a orillas del lago, fundado en 1924. El texto del Plan es, para la importancia histórica que ha tenido, breve; no así las páginas

que originó en su momento, ya que fue base de una discusión conceptual sustancial por parte de los no-firmantes, y después, cuando ha sido base de no pocas disquisiciones historiográficas.

De los doce firmantes del Plan, cuatro van a ser los de mayor definición teórica y quienes harán también de sus vidas un campo exclusivo para la realización política. Ellos son: Betancourt, Leoni, Rodríguez y Montilla, que acompañan sus firmas con las de Pedro Juliac, Mario Plaza Ponte, Simón Betancourt, Carlos Peña Uslar, Rafael Ángel Castillo, Pedro Rodríguez Berroeta, Juan José Palacios y César Camejo. En verdad, el núcleo redactor del Plan es el que tiene por base de operaciones a la ciudad colombiana desde hace casi tres años. De hecho, Betancourt en carta a Valmore Rodríguez, así lo señala:

“Nuestra primera salida, en grupo, al campo revolucionario fue el Plan de Barranquilla. Lo discutimos mucho, largamente. De todas esas discusiones surgió ese primer esfuerzo nuestro para coordinar nuestras aspiraciones,”

(Archivo Betancourt, Tomo III, 1991: 361)

Visto el Plan de Barranquilla con la distancia de los años, y al margen del fragor de la vida política, es cierto que constituyó un “primer esfuerzo”, pero no es menos cierto que no ahondó suficientemente en su diagnóstico de la situación nacional. No exageraba demasiado Otero Silva al señalar entonces, en carta a Betancourt del 21 de abril de 1931, que el Plan era “pobrísimos”, siempre y cuando se estuviese refiriendo al diagnóstico, porque el programa, por más escueto que parezca, al colocarle la lupa encima se advierte que no es “pobrísimos” sino bastante preciso y concebido a largo plazo, ya que muchas de sus propuestas fueron llevadas a la realidad en los años sucesivos de lucha política de los autores. Es imposible no ver allí a la Acción Democrática del futuro, incluso en sus contradicciones. ¿Qué hallamos, entonces, en el Plan de Barranquilla? Primero, un optimismo que la realidad se encargó de negar; la tiranía no se vino abajo por:

“un próximo y decisivo conflicto entre las masas populares de Venezuela y el gobierno de los Gómez.”

(Archivo, Tomo III, 1991:361)

Pero comprendemos que ese primer párrafo optimista será el que dará pie al diagnóstico de la causa de los males y sus posibles soluciones. En pocas palabras, Venezuela no ha desarticulado su estructura de explotación colonial, y los socios que prolongan la estructura de explotación son el capital extranjero y los latifundistas y caudillos nacionales. Ese tándem trágico y depredador es el que los revolucionarios juran deshacer, y es por ello que afirman:

“Nosotros, con criterio más realista y positivo, nutrido de doctrina y de historia, creemos que la elevación del nivel político y social de las masas no puede lograrse sino sobre bases de independencia económica.”

(Archivo, Tomo III, 1991:367).

Trasegada la introducción, finalmente llegan al programa mismo, compuesto por ocho aspectos sustanciales, que paso a comentar.

Uno: “Hombres civiles al manejo de la cosa pública. Lucha contra el caudillismo militarista.” Si hoy en día podría afirmarse esto, en aquel entonces con mayor razón. En esto ponían el dedo en la llaga de nuestra nefasta tradición de militares dedicados a la administración de la república y no a sus tareas naturales. Dos: “Garantías para la libre expresión del pensamiento, hablado o escrito, y para los demás derechos individuales (asociación, reunión, libre tránsito, etc).” Aquí, como vemos, no suscriben la dictadura del proletariado de sus compañeros comunistas, sino que asumen la semilla del pensamiento liberal: los derechos individuales como sagrados, por encima de los colectivos. Tres: “Confiscación de los bienes de Gómez.” Cuatro: “Creación de un Tribunal de Salud Pública.” Con esto siguen la doctrina bolivariana. Cinco: “Inmediata expedición de decretos protegiendo las clases productoras de la tiranía capitalista.” Es curioso: cuando se trata de valo-

res liberales vinculados con la política, como los del punto Dos, bienvenidos, pero cuando se trata del liberalismo económico, entonces se habla de “tiranía capitalista”. Seis: “Intensa campaña de desanalfabetización de las masas obreras y campesinas. Enseñanza técnica industrial y agrícola. Autonomía universitaria funcional y económica.” Como vemos, ya está aquí el germen de la política educativa de la futura Acción Democrática. Siete: “Revisión de los contratos y concesiones celebrados por la nación con el capitalismo nacional y extranjero. Adopción de una política económica contraria a la contratación de empréstitos. Nacionalización de las caídas de agua. Control por el Estado o Municipio de las industrias que por su carácter constituyen monopolios de servicios públicos.” Aquí, ya se anuncian las futuras políticas de nacionalización que, evidentemente, se adelantan sobre la base explícita de asignarle un papel preponderante al Estado en el desarrollo. Eso adelantarán los futuros gobernantes a partir de 1945. Ocho: “Convocatoria dentro de un plazo no mayor de un año de una Asamblea Constituyente”. Así ocurrió en 1947.

¿Es incompleto el Plan de Barranquilla? Si, pero no “pobrísimos”. Constituye un primer paso importante porque no es el plan de un solo autor sino de un colectivo central que va a ser determinante hacia el futuro, y que no esconde las dificultades que enfrentó en la conceptualización y redacción del documento.

Como señalamos antes, el debate que originó el Plan no se hizo esperar, y permitió que fuesen aflorando distintas posiciones: desde las filosóficas hasta las propiamente ideológicas. Entonces los “muchachos” fueron afinando sus posiciones e intuyendo quiénes serían compañeros de ruta y quiénes no. Pero no es éste el espacio para cotejar los matices del debate, aunque no puedo dejar de insistir en la importancia del Plan para la vida política de esta generación y, en consecuencia, para la de Leoni.

En los meses posteriores a la aparición del Plan, el grupo redactor, junto con otros que se le sumaron (Mariano Picón Salas, entre ellos), comienza a denominarse con las siglas ARDI, Agrupación Revolucio-

naria de Izquierda, y emerge a la luz pública con este nombre a finales de 1931, cuando responden a las tesis del periódico que sobre Venezuela se publicaba entonces en Nueva York: *Venezuela Futura*. Aquel documento dio pie para que Rómulo Betancourt quisiera ampliarlo, redactando entonces el texto *Con quién estamos y contra quién estamos*, publicado en Costa Rica en enero de 1932 por Ediciones ARDI. Allí, en perfecta sintonía con el breve documento inicial, Betancourt hace el esfuerzo de precisar aún más los linderos de filosofía política de la agrupación izquierdista.

Abunda correspondencia entre los integrantes de ARDI, ya que Montilla y Leoni vivían en Barranquilla, Betancourt estaba en Costa Rica, Picón Salas en Chile; de modo que el grupo ventilaba sus asuntos por carta, y en ellas consta que a lo largo de estos años se produjo un decantamiento de las posiciones de cada quién, debatiéndose abiertamente las posiciones enfrentadas y las coincidentes. Por ejemplo, la proposición de José Rafael Pocaterra a ARDI de participar conjuntamente en una invasión militar a Venezuela con el objeto de tomar el poder, da pie para definiciones de los integrantes. Entre ellas, la del propio Leoni es sumamente interesante, fechada el 23 de junio de 1932:

“Unas objeciones se refieren a la conveniencia de la celebración de dicho pacto, advirtiéndoles que yo en principio y como buen marxista no soy opuesto a ningún compromiso con grupos liberales o socializantes, pero que en concreto no los acepto sino cuando queda puesto muy en claro, que con la celebración de dicho compromiso los intereses de la clase trabajadora, derivan en beneficio absoluto.”

(Sosa, Legrand, 1981: 206)

Para entonces el grupo ha debatido suficientemente la idea de hacer de ARDI un partido político o de que permanezca como grupo. Es casi unánime el interés por deslindar posiciones con los comunistas venezolanos, a quienes no estiman dentro de la esfera del pensamiento de Marx, a quien ellos sí consideran seguir con fidelidad. Luego veremos cómo la posición inicial de “separación de las aguas” con el Partido

Comunista Venezolano va cambiando en ARDI, y ya hacia 1933 y 1934, las coincidencias son mayores que las diferencias, y la relación entre ambos grupos se hace fluida. A ello contribuyó, seguramente, el enemigo común de la tiranía gomecista y el exilio compartido, así como la relación forzosamente epistolar que se mantenía entre todos, que los obligaba a ventilar sus asuntos por escrito, ciñéndolos a un espacio reflexivo. Por otra parte, en la carta arriba citada se hace evidente lo que será una constante en toda la vida política de Leoni: la defensa privilegiada de los intereses de la “clase trabajadora”. De hecho, como veremos más adelante, el derecho del trabajo y la constitución del movimiento sindical serán objeto de estudio y tarea que el guayanés asumirá con fervor, siempre.

Estos años que van de la redacción del Plan de Barranquilla y la inmediata constitución de ARDI, al acercamiento entre este grupo y el PCV, con la idea de constituir el Frente Popular Venezolano, cosa que finalmente acuerdan en 1935, son años de intensa actividad política intelectual. Recuérdense que estos jóvenes no cuentan con un teatro de operaciones propio, que viven en el destierro, y que entregan muchas horas de sus días a la lectura, a su formación intelectual. Es el caso de Leoni, que confiesa haber abrevado en las fuentes de Marx con pertinencia y asiduidad. También estos años van dibujando en el grupo, en particular en Leoni y Betancourt, más allá del acercamiento al PCV, la decisión de no entregarse al marxismo encarnado en los partidos que responden a directrices extranjeras. Este punto es crucial: la reserva que se mantiene ante el PCV, incluso en los momentos de mayor cercanía entre ARDI y este partido, es la de la autonomía absoluta de estos marxistas venezolanos ante pautas dictadas desde centros ajenos a Venezuela.

La revisión de todas las fuentes documentales hace evidente que el trasfondo filosófico de los integrantes de ARDI es marxista, con énfasis en ciertas posiciones de Lenin, pero no aceptan afiliarse a la Internacional Comunista, sino que se proponen una suerte de “marxismo venezolano”. Al fin, ARDI se esfuma hacia 1934-1935, subsumiéndose

en el programa del Frente Popular Venezolano sobre el que han coincidido con el PCV. Sin embargo, del examen de las fuentes epistolares puede arriesgarse una hipótesis que apunta más a diferencias personales entre ARDI y el PCV, más vinculadas con el tema del liderazgo que con asuntos de filosofía política. Nada extraño: muchas veces cuentan más las afinidades personales o lo contrario, que las propias posiciones doctrinales.

La muerte de Juan Vicente Gómez el 17 de diciembre de 1935 encuentra a Raúl Leoni y su padre en Barranquilla. Las noticias de abrirle las puertas del país a los exiliados, por parte del general Eleazar López Contreras, llegan a la ciudad costeña. El 21 de diciembre de 1935 se recibe en Barranquilla un telegrama firmado por el propio López Contreras, dirigido a Raúl Leoni, Germán Herrera, Francisco Anglade y Luis Rafael Pimentel donde se lee: “Recibido y en contestación significoles que todos los asilados en esa pueden regresar a la patria siempre que llenen requisitos Consulado”. El 24 se recibe otro telegrama donde el mismo López Contreras les manifiesta haber girado instrucciones al cónsul para la expedición de pasaportes.

Comienza otra etapa en la vida del guayanés. Tiene treinta años. Los tiempos de Barranquilla han sido dobles: dificultades económicas, por una parte, y horas para la lectura, por otra. Pero las primeras han impedido que el joven Leoni concluya los estudios de derecho que dejó pendientes cuando salió al exilio en abril de 1928. Además, la mano larga de la dictadura no lo deja tranquilo en estos años, puesto que hasta su morada barranquillera es enviado algún funcionario de la policía a sustraerle su archivo epistolar personal. Con esas cartas el gobierno de López Contreras demuestra, años después, que la raigambre de aquellos jóvenes es comunista. Con el título de *La verdad de las actividades comunistas en Venezuela* se dieron a conocer aquellas relaciones epistolares, que entonces dejó sin memoria escrita y documental al exiliado en Barranquilla. Luego, se hizo *vox populi* un título distinto al colocado por el “servicio Secreto de Investigación” del gobierno de

López Contreras en 1936, que hasta el día de hoy se le conoce como *El libro rojo*.

Muchos años después de este año central de 1936, el 10 de marzo de 1969, cuando era inminente la entrega de la Presidencia de la República por parte de Leoni a Rafael Caldera, Miguel Otero Silva entrevistó para *El Nacional* al próximo ex presidente. Entonces inquirió el periodista por sus lecturas de juventud, por los libros que le habían acompañado en estos primeros treinta años, a lo que respondió el hijo de Clemente y Carmen:

“Influyó sobre mi pensamiento la obra del Libertador: su Carta de Jamaica, su Mensaje de Angostura, su ideario de libertad y justicia. Luego debo citar el libro de Gil Fortoul, la Historia constitucional de Venezuela, que proporcionó una visión positivista del pasado de mi país. Más tarde, a las alturas de 1928, leí con pasión a nuestros panfletistas: Pío Gil, Blanco Fombona y Pocatererra, plumas que exaltaban el repudio a las dictaduras, al caudillismo y al servilismo. Al mismo tiempo devoré las obras de ensayistas latinoamericanos como José Enrique Rodó, Manuel Ugarte y el José Vasconcelos de “la raza cósmica”, que postulaban principios americanistas, nacionalistas, antiimperialistas. Más tarde, ya en el destierro, me entregué de lleno al estudio de la filosofía política moderna, nuevo liberalismo, laborismo, socialismo, marxismo. En cuanto a la literatura propiamente dicha, mi afición estuvo siempre inclinada hacia las tendencias realistas y sociales. Mis novelistas predilectos eran los rusos: Tolstoi, Dostoievsky, Gorki, Andreiev. Y los franceses: Balzac, Zolá, Romain Rolland. Entre los españoles leía con frecuencia a Miguel de Unamuno.”

(Otero Silva, 1998: 114)

Cito *in extenso* la respuesta de Leoni porque la considero de suma importancia para conocer el universo intelectual en el que se había formado. En este sentido es un fragmento valiosísimo, ya que al no expresarse con frecuencia por medio de la escritura, es muy poco lo que de su puño y letra se conserva de nuestro biografiado, en lo relativo a su propia vida porque, para mayor dificultad de sus biógrafos, era un hombre dominado por la humildad, y no le gustaba hablar de sí

mismo, ni de la peripecia de su propia existencia. Felizmente, este trabajo nos permite contar con un mínimo mapa para comprender el universo epistemológico en el que se formó el guayanés. Y, muy particularmente, hasta la fecha en que avanza este ensayo biográfico. No dudo que sus lecturas siguieran adelante, pero muy probablemente con menor intensidad que la que hasta este momento había experimentado en su tarea de lector. Los reclamos de la vida política cotidiana iban a ser cada vez mayores.

ORVE, PDN y el exilio, **otra vez** (1936-1937)

En enero de 1936 regresa Leoni a Venezuela, su padre llega dos meses después. Lo recibe en su casa su prima, María Fernández, y será allí, entre las esquinas de Ferrenquín y la Cruz, donde vivirán los Leoni durante casi dos años. La situación económica de la familia ya no era la de antes. La aventura política del hijo había tenido consecuencias sobre el patrimonio familiar.

De inmediato, los revolucionarios epistolares se miran las caras de nuevo. Estos primeros meses de vuelta a la patria son decisivos en cuanto a la “separación de las aguas” de los revolucionarios del exilio. Por ejemplo, encontramos en febrero a Betancourt reunido clandestinamente con Gustavo Machado, Salvador de la Plaza, Miguel Otero Silva y Rodolfo Quintero, integrantes todos de la comisión organizadora del Partido Comunista Venezolano, pero ya en abril Betancourt se separa para siempre de ellos. El 1 de marzo tiene lugar en el Nuevo Circo de Caracas el mitin de ORVE (Movimiento de Organización Venezolana), convocado por sus organizadores, Mariano Picón Salas y Alberto Adriani, y en el que diserta Rómulo Betancourt.

A lo largo de estos meses va imponiéndose en las asambleas de ORVE el verbo encendido de Betancourt, y con él la cristalización de su lide-

razgo. A este grupo se suma, naturalmente, desde sus inicios, Leoni. Allí se desempeña como integrante de los comités de Política Interna y el de Higiene, Trabajo y Asistencia Social. Ya para entonces ha tenido lugar la manifestación pública del 14 de febrero de 1936, y también ya ha sido presentado por parte del gobierno el llamado “Plan de Febrero”. Evidentemente, la presión en la calle de las organizaciones políticas incipientes conduce a que el gobierno se vea en la necesidad de responder profesionalmente a sus peticiones; de allí la razón del plan presentado el 21 de febrero de este mismo año, apenas una semana después de la manifestación callejera.

El examen de la documentación nos conduce a afirmar que estos son meses de barajo, de tanteo entre los dirigentes que llegan del exilio, y que buscan fundar sus agrupaciones. Ello explica los diversos intentos y las extrañas nóminas que se forman, extrañas a la luz de lo que fue la política venezolana después. En el fondo, los hechos conducen a que los jóvenes revolucionarios busquen la unificación de las izquierdas, y para ello se emplean a fondo. Pero, por su parte, el gobierno de López Contreras señala que son comunistas, y sobre esa base comienza a hostigar a sus dirigentes. De esa búsqueda de unificación de las izquierdas es que surge el Partido Democrático Nacional (PDN), que reúne a los militantes de ORVE, OP (Federación de Estudiantes), PRP (Partido Revolucionario Patriótico), Frente Obrero, Frente Nacional de Trabajadores y el Bloque Nacional Democrático de Maracaibo. El 28 de octubre en la asamblea del recién creado PDN es electa la junta directiva de la nueva organización, encabezada por Jóvito Villalba, sobre la base de un mínimo acuerdo entre los matices prevalecientes: el PDN se define como un partido nacionalista antiimperialista y de él formaban parte tanto Villalba como Betancourt, Mercedes Fermín, Francisco Olivo, Gonzalo Barrios, Miguel Otero Silva, Antonio Arráiz, Guillermo Meneses, Miguel Acosta Saignes y, por supuesto, Raúl Leoni.

En octubre de 1936 el PDN presenta su programa, y en noviembre solicita su legalización, la cual es negada por el gobierno. En verdad,

el PDN presenta la configuración de una política frentista, ya que las organizaciones que fundaron el partido no desaparecieron como tal, sino que conservaron su membresía y sus afinidades electivas iniciales. Por cierto, las posiciones “duras” de Leoni y Betancourt en el exilio, en cuanto a su ortodoxia marxista, se ven necesariamente atemperadas al formar grupo con socialistas y liberales, que tales eran muchos de los integrantes del mosaico del PDN, que también incluía a comunistas bastante más ortodoxos que ellos en relación con sus vinculaciones internacionales.

En los primeros días de enero de 1937 tienen lugar elecciones en las asambleas de los Concejos Municipales de algunos distritos de la república, y en ellas se presentan diversos integrantes de los grupos de “las izquierdas”. Entonces Leoni resulta electo por el Concejo Municipal del estado Bolívar, pero la Corte Federal y de Casación en su Sala Política y Administrativa Accidental sentencia la nulidad de dicha elección. En el mismo fallo se declara la nulidad de las elecciones de Jovito Villaba (por Nueva Esparta), Gonzalo Barrios (por Portuguesa) y Juan Oropesa (por Lara), invocando el inciso 6 del artículo 32 de la Constitución Nacional vigente que, según rezara la sentencia, “contiene una restricción implícita a los derechos políticos activos y pasivos, respecto a los que parezcan afiliados a las doctrinas comunistas o anarquistas”. La sentencia es fechada el 19 de febrero de 1937. Es apelada por el doctor José Tadeo Arreaza Calatrava y ratificada de nuevo en fallo del 17 de noviembre de 1938, negando la solicitud del poeta Arreaza. En febrero del mismo año (1937) el gobierno declara la ilegalidad de las organizaciones políticas de izquierda, con lo que el sueño inicial de apertura por parte del gobierno lopecista se torna en pesadilla. La ruptura es total.

El 13 de marzo de 1937 el gobierno dicta un decreto de expulsión del país de 47 dirigentes de “las izquierdas”. El decreto impide el regreso a la república antes de cumplirse un año de haberse materializado. Entre los 47 está Leoni, junto con Villalba, Betancourt, Salvador de la Plaza, Barrios, Machado, Jiménez Arráiz, Carlos Irazábal, Luis Her-

nández Solís, entre otros. El 26 de marzo zarpa del puerto de La Guaira el buque *Flandre* en el que viajan 23 de los expulsados. Se dirigen a algún puerto del Caribe que acepte recibirlos. En Cartagena no los aceptan, en Panamá tampoco, hasta que el gobierno de Lázaro Cárdenas en México los recibe con los brazos abiertos. Se inicia así el segundo exilio del guayanés, pero éste será, para su fortuna, menos dilatado que el anterior.

No permanece muchas semanas Leoni en la capital azteca antes de hacer maletas rumbo a Colombia, con escala en Panamá. Ha decidido concluir sus estudios de abogacía, y Bogotá es el destino.

El abogado **en Bogotá** (1937-1939)

En junio de 1937 llega Leoni a la sabana de Bogotá, procedente de Barranquilla, donde ha hecho breve escala en su destino bogotano. Su llegada la relata el ex presidente colombiano Carlos Lleras Restrepo en un artículo escrito con motivo de la muerte de Leoni. Dice Lleras:

“Los estudiantes colombianos de entonces, que habíamos seguido con apasionado interés y luego con angustia la protesta de la juventud venezolana contra la dictadura, acudimos a la estación del ferrocarril de la sabana de Bogotá, para recibir, con afecto de hermanos, a esos dos muchachos (se refiere a Gonzalo Carnevali y Raúl Leoni) que estaban destinados a dejar tan honda huella en la historia de la vecina República.”

(VA, 1972: 364)

Buscaba Leoni, como ya he dicho, culminar sus estudios de derecho, anhelo que satisface en el Externado de Bogotá, graduándose de doctor en derecho y ciencias sociales el 6 de diciembre de 1938. Así lo certifica un cable de “All America cables” que envía a su padres a las 5 y 17 pm desde Bogotá hasta la residencia de sus progenitores en Caracas, en Lechozos Brion 196, diciéndoles: “Acabo recibir doctorado. Abrázolos”.

Estos meses bogotanos van a permitirle conocer otra faceta colombiana, y lo van a colocar en el camino de la amistad de no pocos pares del país vecino, que serán sus amigos hasta el momento de su muerte. Además, mientras asiste a las aulas conoce a fondo el mundo político colombiano, y distingue claramente entre las posiciones conservadoras y liberales. De hecho, en una larga entrevista que sostuve con el historiador y ex Presidente de la República, Ramón J. Velásquez, en el año 2002, acerca de su vida y su visión de Venezuela, al preguntarle por la lejanía entre los presidentes Leoni y Caldera, respondió:

“Fíjese, Leoni vivió su fase de formación en Bogotá, y asimiló la pugna entre godos y liberales y, de alguna manera la trasladó a aquí. Todo ese sector para Raúl más que social-cristiano era conservador, y más que conservador, godo.”

(Arráiz Lucca, 2003: 123)

Leoni compartía con Betancourt, como hemos señalado antes, pero no huelga recordarlo, sus raíces marxistas, que lo llevaban a aceptar alianzas con los liberales o los socialistas sólo en coyunturas específicas, pero también separaba las aguas con los comunistas por razones nacionalistas. Para el tándem Betancourt-Leoni era un anatema similar recibir órdenes de Washington que recibirlas del Kremlin y esto, en la andadura de sus vidas políticas, fue significando una diferencia cada vez mayor con los camaradas del PCV, tan radical como las que mantenían con los godos o los conservadores, por distintos motivos. La estadía colombiana contribuyó a robustecer este aspecto, ya esbozado en carta de Leoni a Jiménez Arráiz el 23 de noviembre de 1931, desde Barranquilla:

“Claro está que buscamos interpretar marxista y revolucionariamente nuestra realidad social, política y económica, aún cuando no formemos en las filas del partido comunista.”

(Libro Rojo, 1985: 225)

Pero sería impreciso sostener que el Leoni de este segundo exilio colombiano es el mismo que escribía desde Barranquilla, imbuido de ortodoxia marxista. La verdad es que la experiencia había matizado sus posiciones. Así creo que influyó en sus ideas la necesidad de la formación del frente antigomecista al regresar a Venezuela en 1936. Quizá sea el momento de señalar que si bien Leoni no abjuraba de sus raíces marxistas, lo cierto es que era un demócrata a carta cabal, y no comulgaba con ninguna expresión imperialista.

Mientras Leoni no desatiende en Bogotá sus estudios, y sostiene vínculos epistolares con sus compañeros de lucha, en Venezuela la recién creada UNE (Unión Nacional de Estudiantes), donde oficiaba Rafael Caldera, comienza a expresarse. Se trataba de la respuesta de los estudiantes católicos frente a las izquierdas, ahora clandestinas y en el exilio. También los partidarios del gobierno crean sus propias agrupaciones políticas, mientras el propio gobierno adelanta un plan de fundación de instituciones modernas del Estado.

El regreso a Caracas y la primera candidatura de **Rómulo Gallegos** (1939-1941)

Leoni va a regresar a Venezuela, proveniente de Bogotá, en junio de 1939, cuando se le permite el regreso al país. Sus padres vivían entonces en la quinta Quetepe, en la recién creada urbanización El Conde, enfrente de la Clínica Córdoba. Al no más llegar se incorpora a las luchas clandestinas del PDN, que ha buscado una salida legal a su situación y le ha sido negada por el gobierno. También se incorpora en calidad de asesor, ya conocedor de la materia laboral, a los comités que están formando el movimiento sindical venezolano, y cultiva una estrecha relación de trabajo con distintos sindicatos nacionales. Cuando en 1940 se fundan los sindicatos petroleros de Quiriquire, Jusepín, Caripito, El Sombrero y Las Mercedes, el doctor Leoni asesora en la redacción de los estatutos y aporta sus orientaciones para la construcción de los liderazgos sindicales. Su actividad jurídica se despacha desde una oficina de abogados que ha abierto con Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa, y también se desempeña como integrante de la Comisión Permanente Revisora de Ordenanzas Municipales, y es desde allí co-autor, junto con Juan Pablo Pérez Alfonzo y Guillermo López Gallegos, de la mayoría de las ordenanzas producidas entre 1939 y 1942.

Pero estaba visto que el ejercicio del derecho y la asesoría en materia laboral no serían sus únicas ocupaciones, ya que en octubre de 1939 es sorprendido en su “concha” Rómulo Betancourt y obligado a abandonar el país el 20 de ese mes, con destino a Chile, de modo que el partido que Betancourt y su equipo vienen sigilosamente fundando en todo el territorio nacional se ve repentinamente descabezado, y no es otro que Leoni quien se encarga de la Secretaría General clandestina del partido, con apenas tres meses de haber regresado de Colombia.

El año de 1941 va a ser sumamente importante para las luchas de los integrantes de la generación de 1928 por diversos motivos. Especialmente porque el PDN decide acompañar al maestro Rómulo Gallegos en una candidatura presidencial simbólica, pero sumamente significativa de la Venezuela que emerge. En febrero de 1941 en Apure, la tierra de su memorable novela, Gallegos comienza a recorrer la geografía nacional acompañado por sus antiguos alumnos del Liceo Caracas, y junto al maestro está Leoni, y luego, a su regreso de Chile, se incorpora Betancourt. El resultado electoral es por todos conocido. Es electo el general Isaías Medina Angarita el 28 de abril de 1941, pero se ha sentado un precedente, se ha dado un paso valioso hacia el futuro. El sueño que tantas epístolas produjo entre los firmantes del Plan de Barranquilla estaba en camino de hacerse realidad: comenzaba a crearse un partido nacional, se movían por el territorio, eran reconocidos como los líderes políticos emergentes de un país en plena transformación. El bachiller Leoni ha quedado en el olvido, ahora es un doctor que se especializa en derecho laboral y construye un movimiento político que persigue la democratización de Venezuela y la despersonalización del poder.

Los albores de un nuevo proceso y la crisis de octubre (1941-1945)

El 11 de mayo de 1941 tiene lugar la Asamblea Constitutiva de Acción Democrática y el 13 del mismo mes se solicita su legalización ante el gobierno del Distrito Federal. El nombre del partido, aunque es fruto de un consenso, es fama que lo propuso el maestro Gallegos. En julio de este mismo año se presentan los estatutos del partido y luego, en junio de 1942, se presentan de nuevo, ya ampliados y corregidos. El Acta de la Asamblea Constitutiva tiene a Rómulo Gallegos como presidente, a Andrés Eloy Blanco como vicepresidente y a Luis Beltrán Prieto Figueroa, Juan Pablo Pérez Alfonzo, Ricardo Montilla, Julio Ramos, Luis Lander y Arturo Briceño como directores. La existencia de AD es autorizada por el gobernador del Distrito Federal, Luis Gerónimo Pietri, el 29 de julio de 1941. El día de nacimiento del partido tiene lugar el 13 de septiembre de 1941, fecha en que ocurre su primera asamblea pública, en el Nuevo Circo de Caracas. En el acto hablan Rómulo Gallegos, Ricardo Montilla, Andrés Eloy Blanco, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Mario García Arocha y Rómulo Betancourt. Los años de clandestinidad del PDN han quedado atrás, ahora el partido es legal y nace con un nuevo nombre, pero nótese que en la nómina inicial no figuran los nombres ni de Betancourt ni de Leoni; con ello

se buscaba no cazar pleitos inmediatos con el gobierno, que si bien no era el de López Contreras, que los había expulsado por comunistas, sí era el de la misma hegemonía militar tachirensis, que alguna continuidad en sus animadversiones albergaba.

Los integrantes del nuevo partido se esmeran durante los años que siguen en procurar la fundación de las seccionales de AD en todo el país. En esta tarea participa Leoni activamente. El 10 de marzo de 1943, después de año y medio de andadura, son finalmente aprobados los estatutos presentados por el partido, y es entonces cuando se impone una reforma de su directorio nacional, que queda constituido de la siguiente manera: Presidente: Rómulo Gallegos; primer vicepresidente: Andrés Eloy Blanco; segundo vicepresidente: Luis Beltrán Prieto Figueroa; secretario general: Rómulo Betancourt; secretario nacional de finanzas: Valmore Rodríguez; secretario nacional del trabajo: Pedro Bernardo Pérez Salinas; secretario nacional de actas: Gonzalo Barrios; secretario nacional de cultura y propaganda: Inocente Palacios; suplentes: Carlos D'Ascoli y Luis Lander. Leoni trabaja intensamente, cristaliza su personalidad de organizador interno, no son suyos los atributos del orador público y él lo sabe, se mueve bien en la organización, en particular va tejiendo su red en el naciente mundo sindical. Recorre el país, estrecha amistades gracias a su ya proverbial bonhomía y don de gentes. Es eficaz en el encuentro personal, las multitudes le son menos propicias.

No exagero al afirmar que en estos primeros años del gobierno de Medina Angarita el país vive en un clima de libertades políticas y económicas significativo, que contrasta con los años anteriores. La legalización de los partidos, y la posibilidad de desarrollar actividades políticas en libertad, llevan incluso a hechos representativos y, si se quiere, inusuales en nuestra historia política. Me refiero, por ofrecer un solo ejemplo, al apoyo que las organizaciones políticas de oposición le brindan a la política petrolera adelantada por Medina, en 1943. Por otra parte, las elecciones en concejos municipales han venido dándose de manera normal y la oposición alcanza curules naturalmente, los par-

tidarios del gobierno también. De hecho, a Leoni le escamotearon su victoria en las elecciones del Distrito Federal, que habiéndolas ganado en la parroquia Sucre, la Junta Departamental Electoral adujo que los 300 policías y miembros del Aseo Urbano no podían estar concentrados en Catia, anulando su participación y, con ello, la elección de Leoni.

En el estamento militar comienzan a recibirse señales de descontento, corre el año de 1943. En particular esto ocurre con el regreso de los jóvenes oficiales que se han formado en la escuela de Chorrillos, en Perú, y con otros de formación en escuelas foráneas, que traen una visión moderna de la institución castrense, y encuentran muy por debajo de los niveles deseables la atención debida a la tropa, la eficacia de los pertrechos, y hasta la calidad del rancho. A este clima de creciente tensión en los cuarteles, se suma el hecho de que el país avanza hacia la culminación del período constitucional de Medina en 1946 y no tiene resuelto el espinoso problema de la sucesión presidencial. Es paradójico que el juego democrático se haya abierto, pero que no se vislumbrase en el panorama una sucesión presidencial fruto de unas elecciones universales, directas y secretas, como en cualquier democracia moderna. El talón de Aquiles del gobierno le hacía cojear cada día con mayor intensidad.

A partir de 1944 comenzó a hablarse en los foros de la política de una candidatura de unidad nacional, que recogiera las diversas aspiraciones de los grupos conformados. Se habló entonces del gerente empresarial Oscar Augusto Machado (nombre que el gobierno no aceptó), se mencionó al educador Rafael Vegas, a funcionarios del gobierno como Manuel Silveira, Diego Nucete Sardi, Juan de Dios Celis Paredes y, por supuesto, a Arturo Uslar Pietri; se colocaron sobre la mesa otras opciones, también, infructuosamente. Por su lado, el general López Contreras manifestaba abiertamente su deseo de regresar a la primera magistratura, y lo hacía con molestia para Medina Angarita, de quien se había distanciado irremediablemente, cuando Medina tomó medidas en su autonomía presidencial que López consideraba equivocadas. La distancia entre ambos era insalvable. No se olvide que

López se redujo el período y se imposibilitó la reelección inmediata, pero sus seguidores presionaban para que el líder regresara al mando. Sin embargo, Medina consideraba que el regreso de López sería considerado como una componenda en la que ellos dos se entregaban y se devolvían el poder. Un tercer factor envuelto en la situación estaba representado por los militares de rango medio que buscaban una situación diferente; y un cuarto factor fue el del propio presidente Medina, que buscaba un sucesor. Debemos recordar que la Venezuela de 1945 no es la de los años anteriores: la vida política ya es fragorosa, y la influencia de los partidos se hace sentir.

Para Medina el tema de la sucesión presidencial está ceñido por unas circunstancias particulares, al menos así lo confiesa el hombre de mayor ascendencia de su gobierno, Arturo Uslar Pietri, en entrevista que sostuve con él, meses antes de morir, refiriéndose al tema de la sucesión presidencial:

“Era muy difícil que me escogiera a mí: yo no soy tachirense, y la tradición de militares tachirenses se imponía, hubiera sido un atrevimiento, una osadía contra los instrumentos del poder. Un día me dijo: ‘Vamos a hablar, Arturo, vamos a hablar de la sucesión de la presidencia. Tú deberías ser el presidente de Venezuela, tienes todas las condiciones para serlo, pero desgraciadamente en las circunstancias actuales yo soy el heredero de Cipriano Castro, a pesar de que mi padre murió peleando contra él, no sería posible que yo rompiera esa tradición.’”

(Arráiz Lucca, 2001:17)

El candidato de Medina, de no ser militar, tendría que ser tachirense, de modo que la búsqueda da con el embajador de Venezuela en los Estados Unidos de Norteamérica, el doctor Diógenes Escalante, que no era un hombre de segunda categoría, y que reunía condiciones que lo hacían aceptable para las partes en juego. Los militares tachirenses de alto rango lo aceptaban por su gentilicio y lo conocían, ya que Escalante no estaba siendo sacado debajo de la manga. Era un hombre público y reconocido. Por su parte, Acción Democrática también in-

tentó un acercamiento con el elegido, después de haber aceptado entrar en contacto con los militares de rango medio que les proponían un golpe de Estado ante la crisis de poder que se vivía. Betancourt en su libro *Venezuela, política y petróleo* ha relatado con exactitud todos estos episodios. Cuenta que el primer acercamiento entre los militares conjurados y AD lo adelantó el médico endocrinólogo Edmundo Fernández, y que ante la invitación consultó a su partido. Desde el primer momento en que tuvo lugar el contacto inicial, Leoni participa de los hechos. Oigamos a Betancourt:

“La dirección del Partido, ante mi deseo de concurrir a ese primer encuentro acompañado de otro miembro de nuestro comando, designó a Raúl Leoni, hombre respetado y querido por toda la organización, para que asistiera también a esa entrevista inicial. Se realizó en la noche del 6 de julio.”

(Betancourt, 2001:195)

El grupo militar estaba integrado por Marcos Pérez Jiménez, Martín Márquez Añez, Francisco Gutiérrez y Horacio López Conde, y la reunión tuvo lugar en casa de Edmundo Fernández. Refiere Betancourt que la voz cantante la llevó Pérez Jiménez, y también afirma:

“Todo ese prolijo discurso terminó desembocando en dos ideas concretas: la oficialidad joven del ejército repudiaba por igual a López y Medina, y estaba dispuesta a dar un golpe de Estado. ‘Y usted, señor Betancourt, es la persona que creemos que debe encargarse del Gobierno’, fue la frase final de la perorata.”

(Betancourt, 2001:195)

De modo que las conversaciones siguieron avanzando entre este grupo, que se hacía llamar Unión Patriótica Militar, y Betancourt y Leoni, en representación de AD. Y señala Betancourt que cuando el gobierno presentó la candidatura de Escalante, él y Leoni viajaron a Washington a dialogar con el candidato, por su cuenta, sin avisarle al gobier-

no, intentando llegar a un acuerdo que hiciera innecesaria la insurgencia militar. En la conversación que refiere Betancourt, se indica:

“Escalante, antes de anunciarnos su asentimiento y el compromiso que adquiriría de propiciar una reforma democratizadora de la Carta Política y una tónica de honradez en la Administración, nos miró, en silencio, por largos minutos, 10, 20, tal vez.”

(Betancourt, 2001:199)

Con la alusión final a la larga y silenciosa mirada de Escalante, Betancourt desliza la impresión de que ya era un hombre enfermo, como se comprobó escasos meses después de esta entrevista. El desenlace es conocido: la demencia súbita de Escalante, la candidatura fallida de Ángel Biaggini, y la incontenible decisión de los militares de dar el golpe en asociación con Acción Democrática. En toda esta ardua negociación participó activamente Leoni, en llave con su amigo y socio político desde la juventud. De la conversación sostenida con Escalante los dos líderes obtuvieron el compromiso del futuro presidente de avanzar hacia conquistas democráticas más profundas. Esto es: elección universal, directa y secreta; de modo que la participación en la insurgencia militar que se urdía, por parte de AD, no tenía sentido, ya que era ésta la conquista que buscaban denodadamente. Así se lo hicieron saber a los militares conjurados los dos viajeros a Washington y, de hecho, la conspiración se desactivó, según señalan diversas fuentes, pero vino a renacer con la enfermedad de Escalante y la fallida candidatura de Biaggini, quien no calzaba en la horma mínima exigida para un acuerdo.

No es este el lugar para relatar cómo Pérez Jiménez fue siendo desplazado por Delgado Chalbaud y los hermanos Vargas, y cómo él mismo se retrajo en momentos decisivos, pero lo cierto es que el día del golpe, Pérez Jiménez había sido hecho preso, y quienes terminan por integrar la Junta Revolucionaria de Gobierno por parte de los militares fueron Delgado Chalbaud y Mario Vargas, junto con cuatro integrantes de Acción Democrática (Betancourt, Leoni, Prieto Figueroa y

Barrios) y un independiente, Edmundo Fernández. La Junta se instaló en el Palacio de Miraflores el 19 de octubre a las 8 de la noche, alumbrada con lámparas de gasolina, ya que no había luz eléctrica, mientras se oían todavía los disparos en lontananza. Por primera vez en muchísimos años, en décadas, un civil de entidad propia ocupaba la primera magistratura, pero en la paradoja lacerante de haber sido llevado hasta allí por fuerzas militares.

En las primeras de cambio es un hecho que la mayoría de los integrantes del gobierno creían que el golpe provenía de los seguidores de López Contreras, quien días antes había declarado “que no tenía en su casa el uniforme colgado en una percha”. Para la gran mayoría de los venezolanos fue una sorpresa saber que los integrantes de la Junta fuesen cuatro miembros de AD, y que el presidente de la misma era Betancourt. De los cuatro factores de poder que enumeré antes –Medina buscando sucesor, López Contreras queriendo regresar, los militares de rango medio anhelando el poder, y AD en sociedad con estos– pues los dos últimos entraron en Miraflores. Ya veremos en las páginas que siguen cómo esta sociedad habría de romperse apenas tres años después.

Sobre los hechos del 18 de octubre y sus consecuencias históricas han corrido ríos de tinta. Lo cierto es que el gobierno que inicia funciones en la noche del 19 será de signo distinto a los que hasta entonces había tenido Venezuela, y de él formará parte sustancial nuestro biografiado. Comienza a materializarse el proyecto histórico de AD, que encuentra en tres facetas sus más preciados derroteros: el tema educativo, del que va a encargarse primero Humberto García Arocha, y luego Luis Beltrán Prieto Figueroa; el petrolero, del que Juan Pablo Pérez Alfonzo será su artífice, junto con la atención permanente de Betancourt, y el sindical, del que será protagonista Leoni. Los tres tuvieron como norte atender de manera prioritaria y casi exclusiva al pueblo, esa entidad que nunca antes había sido colocada en el centro de las políticas públicas, al menos de manera tan enfática, decidida y declarativa.

La credibilidad de los propósitos de la Junta Revolucionaria de Gobierno se hizo patente cuando el 22 de octubre, apenas tres días después de conformar gobierno, de “su puño y letra” Betancourt redactó el decreto n° 9 que rezaba así:

“Los miembros de la Junta Revolucionaria de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela, creada la misma noche en que triunfó definitivamente la insurrección del Ejército y pueblo unidos, quedan inhabilitados para postular sus nombres como candidatos a la Presidencia de la República, y para ejercer ese alto cargo cuando en fecha próxima elija el pueblo venezolano su Primer Magistrado.”

Con esta decisión no sólo se le cerraba el paso a los dos integrantes militares de la Junta, y a ellos mismos, dando una verdadera sensación de desprendimiento político y de responsabilidad, sino que se señalaba tácitamente al maestro Gallegos. Puede decirse que ese día, 22 de octubre de 1945, AD escogió su candidato presidencial. Al mes siguiente se nombró la comisión que redactaría un nuevo estatuto electoral, cosa que concluyó en marzo de 1946 con la sanción legislativa del mismo. Sobre su base se convocó a las elecciones para la escogencia de los diputados de la Asamblea Nacional Constituyente el 27 de octubre de 1946, quedando integrada la Asamblea por 137 diputados de AD, que obtuvo el 78,8% de los votos, 19 de COPEI, 2 de URD y 2 del PCV. Se eligió a Andrés Eloy Blanco como presidente del órgano constituyente y se dio inicio a la redacción de la nueva Constitución Nacional. Ésta fue proclamada el 5 de julio de 1947 y muy pronto, sobre su imperio, se basó la campaña electoral que culminó el 14 de diciembre de 1947 con la elección de Rómulo Gallegos. Entonces fue la primera vez que un venezolano llegaba a la Presidencia de la República por medio de elecciones directas, secretas y universales, además de que nunca después ningún presidente ha llegado al poder con un caudal de votos de esa magnitud, superior al 70 % de los sufragios. La tarea estaba hecha, pero más adelante veremos cómo las fuerzas de la historia dan pasos hacia adelante y hacia atrás, como en el joropo o como en el tango.

El ministro **del Trabajo** (1945-1948)

El integrante de la Junta Revolucionaria de Gobierno compuesta por siete miembros será, también, ministro del Trabajo. Será entonces, además, el momento en que se separen las tareas de Trabajo y Comunicaciones, quedando Leoni al frente de la cartera laboral. Quizás no se ha advertido suficientemente acerca de la importancia que tuvo esta gestión hacia el futuro del movimiento sindical venezolano, y la participación de AD en ese movimiento, pero se hace evidente su radical importancia después de la verificación de las fuentes documentales.

Una de ellas, por cierto, es de una elocuencia meridiana. Después del Acta Constitutiva de la Junta Revolucionaria de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela, firmada el 18 de octubre a las 8 de la noche, tiene lugar un comunicado del gobierno el 19, también en la noche, y a partir del 20 van emergiendo de las entrañas del poder un decreto detrás de otro. El 1° establece la continuidad jurídica y anuncia la realización de la Asamblea Constituyente. El 2° nombra a los presidentes de estados. El 3° designa al mayor Carlos Delgado Chalbaud como ministro de Guerra y Marina y al mayor Marcos Pérez Jiménez como Jefe del Estado Mayor. El 4° decreta la separación de

los servicios públicos atribuidos al Ministerio del Trabajo y al de Comunicaciones, y el 5° versa sobre el nombramiento del gabinete ministerial.

Evidentemente, la idea prioritaria de separar las funciones de Trabajo de Comunicaciones señala la importancia que ambas áreas guardaban para el gobierno, pero muy particularmente la del Trabajo, que evidentemente había sido largamente conversada entre los miembros de la Junta, mucho antes de que ésta existiera, ya que formaba parte de los intereses centrales del grupo, en particular de Leoni y Betancourt, desde los tiempos ya lejanos del Plan de Barranquilla, grupo del que no formaron parte, por cierto, los otros dos miembros de Acción Democrática en la Junta de Gobierno.

El primer ministro del Trabajo que despachará autónomamente, me refiero en relación a Comunicaciones, obviamente fue Raúl Leoni, quien se había preparado para ello de manera tal que nadie en la dirección de su partido discutía su pertinencia. Contaba entonces cuarenta años.

En la “Introducción a la memoria del Ministerio del Trabajo, correspondiente al año civil de 1946”, el propio ministro Leoni hace un balance de su primer año de gestión, y ofrece unos datos que hablan por sí solos. La introducción está fechada el 31 de diciembre de 1946:

“Para el 18 de octubre de 1945 existían legalmente organizados doscientos quince (215) sindicatos, y para el 15 de diciembre de 1946 tienen existencia legal y funcionan normalmente setecientos cincuenta y siete (757) sindicatos. Además, se han constituido trece (13) Federaciones Sindicales, debiendo observarse que para el 18 de octubre no existía en Venezuela ninguna Federación de trabajadores.”

Más adelante, en el mismo texto, Leoni destaca que también se han creado federaciones patronales, y luego explica la importancia de todo esto en un párrafo que por su propia densidad conceptual reproduzco íntegro:

“El Ministerio del Trabajo, después de la Revolución, ha facilitado hasta donde lo permiten las disposiciones legales sobre la materia, la organización sindical de la clase trabajadora y de la clase patronal, porque está íntimamente convencido de que la defensa de la democracia, el mejoramiento constante de la clase trabajadora y el desarrollo mismo de toda clase de actividad industrial, requieren necesariamente de la organización sindical de obreros y patronos, porque la asociación a la vez permite defender más adecuadamente los particulares intereses de cada grupo, fomenta también el espíritu de empresa en el patrono, quien para hacerle frente a las demandas de sus trabajadores tiene que empeñarse en modernizar sus procedimientos industriales mediante la utilización de nueva maquinaria y nuevos métodos de trabajo más conformes con los progresos adquiridos por la técnica industrial.”

Resulta evidente que quien escribe responde a un perfecto conocimiento de la dinámica económica dentro de una sociedad democrática. No escribe un marxista que busca hacer desaparecer la propiedad privada, ni escribe alguien que está trabajando para la instauración de la dictadura del proletariado y la desaparición del empresariado. Escribe alguien que acepta y estimula el juego entre patronos y trabajadores, que se da sobre la base de las libertades económicas y la propiedad. Para esta fecha es más que evidente que el pensamiento de Leoni ha abandonado sus derroteros de marxismo ortodoxo inicial y expresa una filosofía política ya socialdemócrata, que sin negar su raíz marxista ha incorporado al corazón de sus valores a la democracia, en su expresión representativa, y a los valores liberales que dan pie a los derechos individuales, entre los que se encuentra el de propiedad y el de contrato. Sigamos leyéndolo:

“El entendimiento entre capital y trabajo es en todas partes aspiración difícil de realizar de manera permanente, pues en la complejidad de esas relaciones ocurren roces y conflictos que no siempre resulta fácil evitar (...) puede afirmarse que el panorama actual de las relaciones obrero-patronales es verdaderamente satisfactorio, ya que los contratos colectivos en vigencia hasta fines del año 1947 abarcan las principales y más fundamentales ramas de la industria nacional.”

Nótese cómo el ministro Leoni manifestaba gran claridad en cuanto al papel del Estado como mediador entre las fuerzas obreras y patronales, siempre dentro de un marco legal, y cómo le correspondía estimular la organización sindical de ambas fuerzas, propiciando la asunción de las tareas naturales de cada una de ellas:

“La mayoría de los conflictos colectivos surgidos después del 18 de octubre han encontrado su solución amistosa, concretada en los respectivos contratos colectivos, gracias a la intervención directa, ejercida con ánimo prudente y conciliador, por las autoridades del Trabajo, y principalmente por la intervención personal del Encargado del Despacho, como lo demuestra el más importante de todos esos contratos, el suscrito entre las distintas empresas petroleras que operan en el país y la Federación Sindical de Trabajadores Petroleros de Venezuela.”

En la “Introducción a la memoria del Ministerio del Trabajo correspondiente al año civil 1947” el balance es todavía más sustancioso, y se hace énfasis en la política desarrollada por su despacho y los sindicatos, relativa a la firma de contratos colectivos. Sigamos sus palabras:

“La política del contrato colectivo, propiciada por el Ministerio del Trabajo como el mejor instrumento para estabilizar las relaciones entre el capital y el trabajo, ha continuado dando resultados positivamente beneficiosos como se puede apreciar por los datos expuestos en esta Memoria y como lo prueba el hecho de que durante el año 1947 se hayan suscrito, en todo el territorio nacional, un total de 575 contratos colectivos.”

Como vemos, si el año anterior se estimuló la creación de sindicatos y federaciones, tanto obrero como patronales, este año es el del estímulo a la firma de contratos colectivos. Es evidente que el proyecto de modernizar las relaciones obrero-patronales se venía dando a partir de entonces dentro de un marco legal propicio y perfectamente coherente con lo que eran los predicamentos de la socialdemocracia en el mundo, que una vez abandonada la ruta de la revolución cruenta en pos de la dictadura del proletariado, se avino con un proyecto de trans-

formación de la realidad por la vía pacífica, reconociendo las realidades económicas instauradas sobre la base del liberalismo. En ello, los aportes de Edward Bernstein fueron fundamentales.

Sobre la obra de Leoni al frente del Ministerio del Trabajo también es conveniente escuchar la voz de los dirigentes sindicales. Es el caso de Manuel Peñalver, quien en 1972, en el momento del balance de la vida del ex presidente Leoni, señalaba que a éste se le debía un conjunto de reivindicaciones laborales importantes, y las enumeraba: “domingo semanal remunerado para los trabajadores, vacaciones de 15 días, sin discriminación entre obreros y empleados, aumento justo y razonable en los salarios”, y así algunas otras conquistas que eran estimuladas y alcanzadas con el apoyo del Ministerio del Trabajo. También en el momento del balance, el dirigente sindical Luis Tovar no olvida sus aportes, y señala que la contratación colectiva de la industria petrolera se debe a Leoni, que fue el ideólogo del Banco de los Trabajadores, y que de hecho éste nació por su iniciativa, que impulsó los créditos de Coracrevi para la política de vivienda de la CTV (Confederación de Trabajadores de Venezuela) y que se consagró a fondo en contribuir a dibujar el mapa completo del mundo sindical venezolano.

En el marco nacional, la república se encaminaba hacia sus primeras elecciones universales, directas y secretas bajo el alero de la Constitución Nacional de 1947. Como sabemos, estas elecciones las ganaría el maestro Gallegos, quien le ofreció a Leoni continuar al frente del Ministerio del Trabajo. La toma de posesión del novelista tuvo lugar el 15 de febrero de 1948, y recibió la banda presidencial de manos de su alumno en el Liceo Caracas, el guatireño Betancourt. En el marco de este evento, Juan Liscano organizó en el Nuevo Circo de Caracas el Primer Festival Folklórico que tuvo lugar en el país, el cual se convirtió, con el paso de los años, en un hito de los estudios etnomusicológicos nacionales y de la llamada “cultura popular”.

El gobierno de Gallegos, es hartamente conocido, fue un verdadero calvario para el maestro, y dio pie para que el proyecto militarista y autoritario que mantenían en ciernes Delgado Chalbaud y Pérez Jiménez

terminara por alzarse con el poder, de manera absolutamente usurpatoria e ilegítima. No voy a detenerme en los vericuetos de la crisis política que a lo largo de 1948 condujo al triste golpe militar del 24 de noviembre de 1948, pero no puedo dejar de señalar que vistos los hechos con la distancia actual, es evidente que el proyecto de poder que tenían en mente los conjurados del 18 de octubre de 1945 no era el mismo. La Venezuela que soñaban los firmantes del Plan de Barranquilla y los militares de rango medio de entonces, era radicalmente distinta. Esa diferencia fue la que emergió en los hechos de noviembre de 1948.

El ensayo democrático fue interrumpido por fuerzas reaccionarias que no creían en él, pero que formaban parte del gobierno que lo adelantaba y, paradójicamente, en el momento de dar el golpe, invocaron el sectarismo de AD como una de las causas que las llevaba a tomar la determinación. Si bien es cierto que el primer gobierno de Betancourt padeció rasgos de sectarismo, no es menos cierto que quienes gobernaban sentían que adelantaban una revolución, y las revoluciones suelen hacerlas un grupo de elegidos, de manera que no parecía probable hacer un gobierno de amplitud. Sin embargo, cuando los gobernantes del llamado “trienio adeco” regresaron a Venezuela después del 23 de enero de 1958, habían aprendido la lección, y fueron los primeros en alentar el pacto de Puntofijo, seguramente sobre la base de la experiencia de aquellos años del trienio en que gobernaron solos, y hubiesen querido recoger una cosecha distinta a la obtenida.

La Junta Militar de Gobierno integrada por Delgado Chalbaud, Pérez Jiménez y Llovera Páez hizo presos al presidente Gallegos y a los integrantes del gabinete ministerial. Gallegos es expulsado del país el 5 de diciembre, mientras algunos de sus ministros permanecen cautivos varios meses más. Es el caso de Leoni, quien va a salir al exilio el 17 de julio de 1949, con rumbo a La Habana, para luego ir a Nueva York, hasta finalmente recalar en Washington, donde permanecerá una temporada. No son pocos los meses en que estará preso en la Cárcel Modelo. Allí recibe la visita de sus familiares, en particular de su madre, “La

Quita” Otero de Leoni, siempre con el recuerdo de su esposo fallecido el 2 de julio de 1946, cuando su hijo ejercía el Ministerio del Trabajo.

Fue en una de aquellas visitas cuando la madre asistió acompañada de su pariente, la joven Carmen América Fernández Alcalá, a quien todos conocían con el apodo de “Menca”. Era hija del general Juan Fernández Amparan y de doña Sofía Alcalá Lezama, ambos integrantes de familias sumamente distinguidas de Upata, la tierra natal del mismo Leoni. De hecho, los futuros esposos eran primos, y sus familias se trataban con una frecuencia diaria, y aunque ellos se conocían desde muy jóvenes, hasta entonces no habían reparado el uno en el otro como ocurrió en aquellas visitas familiares. Seguramente ello se debía a la diferencia de edad entre ambos. Carmen América había nacido en Upata el 23 de julio de 1919, de modo que para el momento en que su corazón se trenza con el de Leoni contaba treinta años, mientras su futura pareja cuarenta y cuatro. Había estudiado la escuela primaria en Upata y el bachillerato en el Colegio Lourdes de Valencia, con las monjas de la congregación del San José de Tarbes, y ya desde entonces había demostrado sus dotes para las labores a favor de los más humildes, empenándose en diversas facetas del trabajo social, pero ignoraba que años después se destacaría notablemente en estos ámbitos, cuando fuese Primera Dama de la República. Entonces, también ignoraba que su vida tomaría caminos insospechados.

La vida nueva **en otra parte** (1949-1958)

Los nueve años del tercer y último exilio de Leoni van a cumplirse en varios lugares. Primero en Washington, luego en Costa Rica, después en Bolivia, luego en Perú y, finalmente, de regreso a Costa Rica. Este periplo es acompañado por el nacimiento de cuatro hijos. Carmen Sofía en Washington, Luisana, Raúl Andrés y Lorena en Costa Rica, ya que Álvaro va a nacer en Caracas en 1958, cuando la vuelta a la patria es un hecho.

El matrimonio de Raúl y Menca tiene lugar en Washington el 20 de agosto de 1949, pero el compromiso se ha fijado desde antes, desde aquellos días de encierro en la Cárcel Modelo. La pareja firma el acta matrimonial en casa de Carlos D´Ascoli, en la cuarta avenida de la ciudad poderosa, y los testigos fueron Rómulo Betancourt, César Hernández y el propio D´Ascoli. En la capital estadounidense permanecen poco tiempo antes de mudarse a Costa Rica, en donde la colonia de exiliados venezolanos es nutrida. Desde allí, en compañía de los compatriotas, Leoni seguirá el curso de la dictadura que se ha instaurado en Venezuela: primero, de los dos años de Delgado Chalbaud, y luego, de los que figuraba como presidente Germán Suárez Flamerich, pero recibiendo instrucciones de Pérez Jiménez y, finalmente, cuan-

do el propio “gigante de Michelena”, como el propio Leoni se refería a Pérez Jiménez con ironía, mandaba.

De la vida de los Leoni-Fernández en San José de Costa Rica se sabe que doña Menca fue haciéndose famosa entre la colonia por sus habilidades culinarias criollas, y que don Raúl ante el nacimiento, uno detrás de otro de sus hijos, bromeaba diciendo que ellos habían llegado a Costa Rica con el afán de poblarla. Lo cierto es que vivían allá con el alma en Venezuela, soñando con regresar. Refiere Isa Dobles que la familia de Alejandro Oropeza Castillo y la de Leoni vivían en casas pareadas, en la urbanización San Pedro, en San José. También refiere que en esa misma urbanización vivían los Betancourt, los Leandro Mora, los Toro Alayón, los Aranguren, los Martínez, los Padrón y los Pérez Rodríguez. De aquellas escenas de la colonia venezolana en el país centroamericano, la sabrosa pluma de Dobles rescata muchas, que hablan de la personalidad tanto de Leoni como de su señora:

*“Raúl era protector. Cuando mi hermana Julieta, entonces casada con Rolando Grosco-
ors tuvo necesidad, en su primer embarazo, de una dieta especial de proteínas extras,
exigencia que la pareja no podía satisfacer, Raúl llevó por más de un mes sin aceptar sus
protestas, carnes y huevos para que July cumpliera su orden médica.”*

(Dobles, 1993:41)

Asimismo, el breve esbozo que hace de doña Menca es elocuente:

*“Menca nos deslumbraba con su entusiasmo y su cocina criolla –su majarete era una
tentación para todos–. Abría las orejas de todas las niñitas de la colonia sin permitirles
un ‘No’; era consistente en su disciplina familiar; regañaba constantemente a Raúl por
fumar mucho y comer demasiado rápido, y a Rómulo por comer mucho y con hipocresía.
Según ella, después de comerse dos platos de mondongo, tenía todavía el tupé de exigir
la sacarina para endulzar el café para no engordar.”*

(Dobles, 1993: 41)

En 1954 a Leoni le ofrecen el cargo de delegado de la Oficina Internacional del Trabajo en Bolivia. Con esta organización internacional los vínculos del ex ministro del Trabajo eran estrechos, y sus calificaciones profesionales más que evidentes. También va a participar en la redacción de la entonces nueva Constitución Nacional de Bolivia, aportando su experiencia en esta materia, la que había aquilatado durante los años de la Asamblea Constituyente en Venezuela, durante el llamado “Trienio Adeco” (1945-1948). De modo que la familia se muda a La Paz y permanece en aquella ciudad cercana al cielo durante casi dos años. Entonces la altura (casi 4 mil metros) afectó el corazón de Leoni, pero no fue por ello que fue trasladado a Perú, con similares funciones en la capital del país de Víctor Raúl Haya de la Torre. De allí han de salir un tanto a la carrera, ya que al general Odría, quien ejercía el mando dictatorialmente, no le simpatizaban las tareas del experto en derecho laboral. Vuelven a Costa Rica en 1956, y se reencuentran con la colonia venezolana.

El arco que se traza del 24 de noviembre de 1948 al 23 de enero de 1958 signa a Venezuela militarmente. Primero, el gobierno de la Junta Militar presidido por Carlos Delgado Chalbaud, asesinado el 13 de noviembre de 1950; luego la presidencia ficticia de Germán Suárez Flamerich, que culmina con la ascensión, sin disimulos, de Marcos Pérez Jiménez el 2 de diciembre de 1952, después de desconocer el resultado electoral y, como último acto de la tragedia usurpatoria de la voluntad popular, el segundo fraude electoral cometido por la dictadura el 15 de diciembre de 1957, cuando se celebró el plebiscito que dio origen a la caída en barrena del régimen.

Todos estos años para Acción Democrática fueron de persecuciones, asesinatos, torturas y exilio de sus militantes y dirigentes. La lista es copiosa. El 21 de octubre de 1952 muere acribillado Leonardo Ruiz Pineda, por obra de los agentes de la Seguridad Nacional; el 21 de mayo de 1953 fallece en una celda de la penitenciaría de San Juan de los Morros, por falta de asistencia médica, Alberto Carnevali; el 11 de junio del mismo año muere en una refriega con la Seguridad Nacional

Antonio Pinto Salinas. La persecución contra la disidencia es implacable, y los métodos de tortura implementados por los esbirros, dirigidos por Miguel Silvio Sanz, Pedro Estrada y Laureano Vallenilla Planchart, son aterradores.

La nómina de obreros y dirigentes de rango menor asesinados durante esa época es ingente. El país encarnado en los partidos políticos Acción Democrática, Partido Comunista de Venezuela, Unión Republicana Democrática y Partido Social Cristiano Copei, vive una de sus peores horas. En las cárceles y los campos de concentración, y en algunos casos en el destierro después de la prisión, estuvieron José Agustín Catalá, Rigoberto Henríquez Vera, Simón Alberto Consalvi, Luis Miquilena, Luis Augusto Dubuc, Eduardo Gallegos Mancera, Gustavo Machado, Jesús Ángel Paz Galárraga, Pedro Bernardo Pérez Salinas, Domingo Alberto Rangel, Ramón J. Velásquez, entre muchos otros. En la clandestinidad estuvieron muchos, algunos abatidos como Ruiz Pineda, y otros que corrieron con mejor suerte como Octavio Lepage, pero todos intentaron infructuosamente el derrocamiento de la dictadura, hasta que las condiciones fraguaron el 23 de enero de 1958. Las relaciones entre los militantes en la clandestinidad o en las cárceles y los del exilio eran permanentes, y estos últimos vivían como si fuera en carne propia las desventuras físicas y psicológicas de sus compañeros retenidos, humillados y torturados. La documentación sobre este período triste y doloroso de nuestra historia es abundante, el lector interesado la tiene a mano.

Vuelta a la patria

(1958-1963)

Una vez que decola la llamada “vaca sagrada” desde la base aérea militar de La Carlota (así bautizó el pueblo al avión presidencial de entonces), en la madrugada del 23 de enero, con Pérez Jiménez, Llovera Páez, Pérez Vivas, Gutiérrez Alfaro y Soulés Baldó a bordo, el país pasa la página de la dictadura. Se encarga de la Presidencia de la República el contralmirante Wolfgang Larrázabal como integrante de una Junta Militar de Gobierno, formada por los coroneles Roberto Casanova, Abel Romero Villate, Carlos Luis Araque y Pedro José Quevedo, en tanto que la secretaría quedó en manos del doctor Edgar Sanabria. Que haya sido Larrázabal el que asumió el mando se debe a que para el momento era el oficial de más alto rango y de mayor antigüedad dentro de las Fuerzas Armadas. Al menos así se lo refiere el coronel Pulido Barreto a Tomás Enrique Carrillo Batalla en su libro *¿Quién derrocó a Pérez Jiménez?*:

“Cuando Pérez Jiménez decidió la marcha, Pulido le dijo que tenía intenciones de formar una Junta y presidirla él. Pérez Jiménez le manifestó que no se metiera en eso. Pulido le dijo: ¿Cómo va a quedar el país? ¿Qué hacemos? ¿A quién ponemos al frente? Le contestó: pongan al oficial de más alta graduación. Esas son las expresiones del coronel

Pulido Barreto, quien al trasladarse a la Escuela Militar, propuso a Wolfgang Larrazábal para presidente de la Junta, por ser el oficial de más alta graduación.”

(Carrillo Batalla, 2001:860)

El 24, después del anuncio de la integración de la Junta, se produjeron disturbios callejeros solicitando la renuncia de Casanova y Romero Villate, cosa que ocurrió de inmediato, y en sus lugares entraron a la Junta civiles reconocidos por la comunidad: el empresario Eugenio Mendoza Goiticoa y el gerente Blas Lamberti. De inmediato la Junta conforma un Gabinete Ejecutivo, integrado por una mayoría de civiles e independientes. Varias casas de los jefes del régimen depuesto fueron saqueadas, mientras las cárceles se vaciaban de los presos políticos que estuvieron allí durante años. En los primeros quince días de enero, cuando la crisis venezolana avanzaba hacia un desenlace, se reunieron en Nueva York los tres líderes fundamentales de los partidos democráticos de entonces: Betancourt, Villalba y Caldera, con la presencia del general Eleazar López Contreras, prefigurando lo que tuvo lugar meses después: el Pacto de Puntofijo.

Leoni regresa a Caracas casi de inmediato, el 25 de enero está al pie de El Ávila. La vuelta a la patria esperada con ansiedad tocaba a la puerta. Leoni se incorpora en cuerpo y alma a la reconstrucción de Acción Democrática, que había resistido la clandestinidad, la cárcel y el exilio, y que ahora se imponía reconstruirla. Lo mismo hacen los líderes de COPEI y URD, y se crea una comunidad de intereses que conduce a la creación de una Comisión Redactora del Estatuto Electoral que, en marzo, convocaría a elecciones universales, directas y secretas para el mes de diciembre. A pesar de que fuerzas militares adversas a este proyecto intentaron desviarlo, la decisión de la mayoría de los venezolanos estaba del lado de la creación de un sistema democrático. Por otra parte, Acción Democrática celebraba su primera Convención Anual a la luz pública, y Leoni resultaba electo como Primer Vicepresidente del partido, mientras que Betancourt asumía la presidencia de la institución.

En mayo de 1958 renuncian a la Junta de Gobierno Mendoza y Lambertini, por razones aún desconocidas, y los sustituyen Arturo Sosa y Edgar Sanabria. A su vez, se recompone el gabinete ministerial. En julio estalla una crisis militar que tuvo al ministro de la Defensa, Jesús María Castro León, en el ojo del huracán; en septiembre estalla otra crisis militar capitaneada por el coronel Juan de Dios Moncada Vidal y el teniente coronel José Ely Mendoza Méndez, tan infructuosa como la primera. Se avanza hacia las elecciones y el presidente Larrazábal implementa el llamado Plan de Emergencia y el Plan de Obras Extraordinarias que, aunado a su personalidad, lo convierten en un líder popular de considerables proporciones. Renuncia a la presidencia de la República el 14 de noviembre y se lanza como candidato presidencial, mientras al frente de la primera magistratura queda encargado Edgar Sanabria, integrante de la Junta de Gobierno desde sus inicios en enero. Sanabria gobernará desde ese día y hasta el 13 de febrero de 1959, cuando le entrega la banda presidencial a Rómulo Betancourt.

Hacia mediados del año 1958 comenzó a tomar cuerpo lo que comenzó a prefigurarse en Nueva York en enero, y se materializó con la firma del Pacto de Puntofijo el 31 de octubre. Allí, los nueve firmantes (Jóvito Villalba, Ignacio Luis Arcaya y Manuel López Rivas, por URD; Rafael Caldera, Pedro del Corral y Lorenzo Fernández, por COPEI; Rómulo Betancourt, Raúl Leoni y Gonzalo Barrios, por AD) se comprometen a adelantar políticas comunes una vez alcanzada la presidencia por cualquiera de sus candidatos. Esas políticas estaban destinadas a consolidar la democracia, sobre la base de un programa de gobierno común, sin que ello sacrificara las identidades de cada uno de los tres partidos. Cuando se firmó el Pacto, se ignoraba que un enemigo distinto a las Fuerzas Armadas, que durante 1958 habían intentado regresar al poder, se cerniría sobre ellos: la izquierda en armas.

Del Pacto de Puntofijo, bautizado así porque se rubricó en casa de Caldera, y así se llamaba esa casa, mucho se ha escrito y polemizado. Unos lo denostan y otros lo santifican, pero lo cierto es que constituyó un instrumento inteligente para la consolidación del proyecto demo-

crático, que de lo contrario habría naufragado por obra de los militares autoritarios en busca del poder, o por la gesta armada de la izquierda pre-moderna que quería transitar los mismos caminos de Fidel Castro en Cuba.

Veamos brevemente los considerandos del pacto firmado por Leoni en representación de su partido. En el primero se hace referencia a la necesidad de que las Fuerzas Armadas respalden el proceso democrático nacional; en el segundo proclaman el diseño de una “política nacional de largo alcance”, que luego a partir del tercer considerando establecen: “Defensa de la constitucionalidad y del derecho a gobernar conforme al resultado electoral”, “Gobierno de unidad nacional”, “Programa mínimo común”. Será sobre esta base que tome cuerpo el gobierno de Betancourt, y ya veremos cómo, uno de los firmantes del pacto, URD, se separará del mismo en 1960, cuando el gobierno de Betancourt decide respaldar la no intromisión de ninguna potencia extranjera en los asuntos continentales (URSS y China), aludiendo evidentemente al caso cubano y su satelización soviética, firmando la Resolución de la OEA reunida en San José de Costa Rica. El canciller de URD en el gobierno de Betancourt, Ignacio Luis Arcaya, no respalda la medida, y la firma en cambio el embajador de Venezuela en Washington, Marcos Falcón Briceño. Arcaya sale del gobierno y con él su partido. Sin embargo, equivocadamente se ha señalado que el Pacto duró casi cuarenta años, lo que de ninguna manera es cierto, ni siquiera el bipartidismo venezolano alcanzó más de veinticinco años de vigencia. Lo que sí comienza a partir de entonces fue lo que se llamó popularmente “la guanábana”: verde por fuera y blanca por dentro.

Entre las opiniones acerca de la significación histórica del Pacto de Puntofijo, una de las más elocuentes la brinda el profesor Luis Castro Leiva:

“A muchas familias se nos devolvió el 23 de enero de 1958, el sentido de nuestra vergüenza hasta entonces perdida en la indignidad de una dictadura más. Nos vino devuelta a través del poder del sufragio y de los partidos, de aquellos partidos que concientes

de su prudencia, atentos a la inteligencia de la circunstancia, forjaron el pacto de Puntofijo, la decisión política y moralmente más constructiva de nuestra historia: no un "Festín de Baltasar", ni un pacto entre mafiosos. Fue la construcción racional del camino para pasar de un voluntarismo político sectario a la realidad de la división del poder político como condición necesaria, nunca suficiente, para el funcionamiento de la democracia representativa consagrada en la Constitución de 1961."

(Castro Leiva, 2002: 37)

En pocas palabras, el Pacto de Puntofijo es hijo de la experiencia pasada del llamado trienio adeco, en lo relativo al sectarismo, pero también en lo relativo al estamento militar, que demostró innumerables veces que no comulgaba con el proyecto democrático. De modo que los diez años de exilio de los dirigentes adecos, y un tanto menos de los otros dos partidos firmantes, rindió su fruto. Pruebas de este acto de contrición de los dirigentes de AD hay muchas, entre ellas escojo las palabras de Ramón J. Velásquez, refiriéndose a Betancourt:

"Cuando yo esperaba ir al Senado me invita Betancourt a conversar, y me dice: 'Mire, lo invito a una empresa política, yo no vuelvo al destierro, son 20 años, ya está bueno. Dicen que fuimos muy sectarios en el 45 y lo que Venezuela no perdona es el sectarismo, el que quiere mandar solo se cae, medio país me quiere, pero hay otro medio país que no me quiere...Usted es amigo de ese otro medio país: Yo le ofrezco la Secretaría de la Presidencia, no para que redacte cartas. Y en cuanto a discursos, nadie me ha escrito a mí un discurso'..."

(Arráiz Lucca, 2003:73)

El otro aspecto álgido del Pacto que aún se discute es si el Partido Comunista fue excluido o se excluyó a sí mismo. Aunque parezca una perogrullada, puede decirse que ocurrieron ambas hipótesis: se excluyó a sí mismo dado que el Partido Comunista de entonces, de gravitación soviética, no comulgaba con los métodos democráticos, de manera que resultaba cuesta arriba que, sin sacrificar sus políticas, firmara un pacto que buscaba la instauración de una democracia representa-

tiva y, por otra parte, fue naturalmente excluido por las mismas razones que acabo de señalar, ya que era evidente que no eran los mejores socios para la creación de una democracia representativa, sustentada sobre las instituciones partidistas. Sin embargo, muchos de sus líderes han señalado que la exclusión, por las causas que fuesen, fue un error, ya que les dejó abierto el camino de la insurrección armada. En honor a la verdad, no era en todo caso lógico que el PCV formara parte del Pacto de Puntofijo, ya que ellos buscaban la creación de un sistema muy distinto al que postulaban los firmantes del Pacto.

El propio Betancourt se encargó de aclarar la situación cuando pronunció el discurso en su toma de posesión de la Presidencia de la República ante el Congreso Nacional, el 13 de febrero de 1959, cuando dijo:

“De ese pacto fue excluido el Partido Comunista, por decisión razonada de las organizaciones que lo firmaron. En el transcurso de mi campaña electoral fui explícito en el sentido de que no consultaría al Partido Comunista para la integración de mi gobierno (...) Esta posición es bien conocida por los venezolanos; y la fundamentaron los tres grandes partidos nacionales en el hecho de que la filosofía comunista no se compagina con la estructura democrática del Estado venezolano, ni el enjuiciamiento por ese partido de la política internacional que deba seguir Venezuela con acuerdo con los mejores intereses del país.”

(Betancourt, 1959:35)

Leoni se presenta a las elecciones legislativas de diciembre de 1958 como candidato a senador por su estado natal, y sale electo el 7 de diciembre, de modo que integra la Cámara del Senado para el período constitucional 1959-1964, pero sus responsabilidades no cesan con el curul alcanzado. Al ser electo Betancourt como Presidente de la República en las mismas elecciones, éste abandona la presidencia de AD y se la entrega a Leoni. También es electo el guayanés para presidir la Cámara del Senado, lo que equivalía a ser Presidente del Congreso Nacional. Abandonará la presidencia del Congreso en marzo de 1962,

cuando comience a participar en la selección del candidato de su partido para las elecciones de 1963. Durante su presidencia senatorial, el Congreso asumió la redacción de una nueva Constitución Nacional, que sería promulgada en 1961, como veremos luego. Cuando Leoni abandona la Presidencia del Congreso Nacional es sustituido por el senador Luis Beltrán Prieto Figueroa, y será el mismo Prieto quien lo sustituya en la presidencia del partido, cuando sea el abanderado del mismo, para las elecciones de 1963.

Las elecciones de diciembre de 1958 fueron ganadas por el candidato de Acción Democrática con 1.284.092 votos (48,1%), y su partido obtuvo 1.275.973, según datos del Consejo Supremo Electoral. Larrazábal alcanzó 903.479 (32,89%) votos y Caldera 422.252 (16,30%). La composición del Congreso que iba a presidir Leoni era la siguiente. Senadores: AD 32, URD 11, COPEI 6, PCV 2. Diputados: AD 73, URD 34, COPEI 19, PCV 7. A todas luces, la mayoría parlamentaria de AD era absoluta.

El 19 de enero de 1959 tiene lugar el acto de instalación de la Cámara de Senadores, entonces el presidente de dicha cámara ofrece un discurso. En él, después de hacer el recuento de los hechos que conducían hasta ese día memorable, señaló el camino de la redacción de una nueva constitución, afirmando:

“Inician estas Cámaras sus trascendentales deliberaciones bajo el imperio de un ordenamiento constitucional, herencia de la más vergonzosa usurpación de soberanía que haya conocido la accidentada historia de la República. Esta es herencia que debemos repudiar inmediatamente. Por ello debe ser preocupación primordial de este Congreso Nacional, el acometer, con la urgencia que lo demandan los supremos intereses nacionales, la elaboración de la Carta Fundamental que ha de organizar el Estado democrático, anhelo común de todos los venezolanos.”

(Leoni, 1959: 1)

En el Diario de Debates de la Cámara del Senado puede leerse que en la sesión del 28 de enero de 1959, antes de la toma de posesión de

Betancourt, el senador por Trujillo, Elbano Provenzali Heredia, fue el primero en proponer la creación de una Comisión Especial encargada de elaborar el proyecto de reforma de la Constitución. La proposición fue aprobada por unanimidad y se procedió a nombrar la Comisión. La integraron el presidente de la Cámara, y los senadores Luis Beltrán Prieto Figueroa, Lorenzo Fernández, Luis Hernández Solís, Jesús Faría, Elbano Provenzali Heredia, Ambrosio Oropeza, Ramón Escovar Salom, Martín Pérez Guevara, Carlos Febres Poveda y Arturo Uslar Pietri. A esta comisión senatorial se sumó la de la Cámara de Diputados y se formó la Comisión Bicameral, que trabajó durante dos años en la redacción de la nueva carta fundamental, que vendría a sustituir la Constitución Nacional de 1953 que la dictadura perezjimenista se había confeccionado a la medida.

En opinión del profesor de Derecho Constitucional, Gustavo Planchart Manrique, expresada en la entrada correspondiente del *Diccionario de Venezuela* de la Fundación Polar, la base de la Constitución de 1961 será la de 1947:

“Sobre ella se fueron haciendo ponencias, se consultaron expertos juristas y se fue estructurando un proyecto que contó con el consenso de las fuerzas políticas mayoritarias. (...) Por ello, puede decirse que la Constitución de 1961 es una edición corregida, mejorada y aumentada de la de 1947, donde sin embargo el proyecto político de aquella queda incólume.”

Ciertamente, el proyecto político de la Constitución de 1947 es el mismo que el de la de 1961: la creación de una democracia representativa, sustentada sobre el funcionamiento eficiente de los partidos políticos, y sobre el diseño de una política económica de desarrollo industrial y comercial, buscando el norte de la sustitución de importaciones, así como la siembra definitiva del petróleo.

Una vez sometido el nuevo texto constitucional a la consideración del Congreso Nacional fue promulgado el 23 de enero de 1961 por el Presidente de la República, Rómulo Betancourt, tres años después de

la caída de la dictadura de Pérez Jiménez. No obstante ser cierto que la Constitución Nacional de 1961 era la obra magna de aquel Congreso presidido por Leoni, no es menos cierto que durante este período legislativo fueron muchas las leyes de importancia que se elaboraron y aprobaron por parte del Poder Legislativo. No es este el espacio para enumerarlas, pero tómese en cuenta que el proyecto político de Acción Democrática, interrumpido por la dictadura durante un decenio, es retomado por sus dirigentes a partir de 1958, cuando se reinicia el funcionamiento del sistema democrático, y ese proyecto va a ser acompañado por su correspondiente estructura jurídica.

Detengámonos, aunque sea brevemente, en el gobierno de Betancourt, ya que éste enfrentará situaciones que heredará el de Leoni, además de que estas mismas situaciones fueron vividas por el Presidente del Congreso Nacional, tan de cerca como el propio Betancourt.

Betancourt constituye su gobierno sobre la base de lo pactado en Puntofijo, y es así como el gabinete ejecutivo comprende integrantes de URD, COPEI, independientes y, lógicamente, AD. Por cierto, nótese cómo AD se reserva el Ministerio de Relaciones Interiores y el de Minas e Hidrocarburos, en las personas de Luis Augusto Dubuc y Juan Pablo Pérez Alfonzo, entregando, curiosamente, a un independiente el Ministerio de Educación, Rafael Pizani, y a un militante de URD el del Trabajo, Luis Hernández Solís, los dos ministerios fundamentales de 1945; pero así se lo imponía el pacto firmado. El primer año del gobierno estuvo signado por el reacomodo de las fuerzas políticas a la nueva situación planteada a partir de la caída de la dictadura y el reinicio de la democracia, así como por eventos exteriores que comenzaron a ejercer influencia en el país, en particular, el gobierno revolucionario de Fidel Castro en Cuba. Por otra parte, Betancourt se ve en la necesidad de reducir el salario de los funcionarios públicos en un 10%, dado que los precios del petróleo bajaron sustancialmente durante ese año, y se vio en la necesidad de suspender el Plan de Emergencia iniciado por Larrazábal.

En 1960, el gobierno desarticula una conspiración de militares de derecha en contra suya, mientras promulga la polémica Ley de Reforma Agraria. Se separan de AD y fundan el MIR, los militantes Américo Martín, Domingo Alberto Rangel, Moisés Moleiro, Simon Sáez Mérida, Gumersindo Rodríguez, entre otros. Ocurre la sublevación de Castro León y Moncada Vidal, y el 24 de junio el atentado contra Betancourt en Los Próceres, teledirigido por Rafael Leonidas Trujillo, el dictador dominicano archienemigo de Betancourt. El 28 de agosto el canciller Arcaya se retira de la conferencia de la OEA en Costa Rica, como ya lo señalamos, saliendo así URD del gobierno y, en cierta medida, del Pacto de Puntofijo. El año cierra con la creación de la OPEP, el 24 de septiembre, única organización de importancia planetaria en la que Venezuela ha sido tanto protagonista de su creación como de su desarrollo.

En 1961 el año se inicia con otra sublevación militar: la de Edito Ramírez, y continúa con la decisión del PCV de avanzar en el camino de la lucha armada y el desconocimiento del gobierno de Betancourt. Para colmo, AD se divide de nuevo, esta vez con el grupo ARS, comandado por Raúl Ramos Jiménez, José Manzo González y César Rondón Lovera.

Al año siguiente (1962) son suspendidos el MIR y el PCV por vía de un decreto presidencial. La lucha armada es un hecho. Ocurren el Carupanazo y el Portañazo, dejando un saldo de 400 muertos y 700 heridos, aproximadamente. Las acciones terroristas tienen responsables: la FALN (Fuerzas Armadas de Liberación Nacional) y el FLN (Frente de Liberación Nacional), y durante 1963 no son pocas las acciones que adelantan tales grupos. Ese año es traído al país Pérez Jiménez a pagar su condena, luego de un largo proceso de extradición intentado ante el gobierno de los Estados Unidos.

Como el lector puede fácilmente constatar, el gobierno de Betancourt tuvo que resistir el fuego cruzado, tanto de la derecha militarista de reminiscencias perezjimenistas, como de la izquierda armada, que en las guerrillas buscaba repetir el fenómeno cubano y, por cier-

to, con la expresa asesoría de este país en su proyecto de expansión continental del comunismo, con la anuencia de la Unión Soviética. Encima, dos divisiones del partido se cernían sobre el futuro de la organización, además de un atentado que por cuestión de segundos no le quitó la vida al guatireño. El año termina con el fatídico asalto al tren de El Encanto, que recibió la repulsa unánime de la población, y la acentuación del desprestigio de la izquierda armada revolucionaria. Con todo y este panorama de dificultades, los logros del gobierno de Betancourt son mayores que sus deudas, ya que se avanza en la consolidación del sistema democrático, y por primera vez en nuestra historia un presidente electo por el pueblo va a entregarle el poder a otro elegido mediante el mismo procedimiento.

El presidente del Congreso Nacional, por su parte, renuncia a su ejercicio en marzo de 1962. Estaba entre sus planes buscar la candidatura presidencial de su partido para las elecciones de diciembre de 1963.

El candidato **presidencial** (1963)

Se ha especulado mucho acerca de si Betancourt avalaba la candidatura de Leoni o estimulaba otras. Lo cierto es que intentaba quedarse al margen del tema candidatural. Desliza Tarre Murzi en su biografía de Betancourt (narrada en primera persona) que éste había considerado probable la candidatura de Pérez Alfonzo, pero el ministro de Minas e Hidrocarburos no quiso, también la de Luis Augusto Dubuc y la de Alejandro Oropeza Castillo. Pero la verdad es que para el momento en que podrían considerarse, ya Leoni había avanzado mucho en el logro de la misma. Considérese, además, que contaba con el apoyo del Buró Sindical de su partido, el cual sostenía deudas de gratitud ingentes con el laboralista que era Leoni. Por su lado, Marcos Falcón Briceño asomó la candidatura del entonces ministro de Relaciones Interiores, Carlos Andrés Pérez, pero su papel decisivo en la lucha antiguerrillera le había creado enemigos de peso en la comunidad nacional, y no parecía la candidatura del momento. Por otra parte, el Secretario de la Presidencia de la República de casi todo el período de Betancourt, Ramón J. Velásquez, en entrevista sostenida conmigo, afirmó que Rafael Caldera le propuso a Betancourt que se acordase un candidato de unidad entre AD y COPEI, y que ese candidato podía ser el propio Velás-

quez, a lo que Betancourt respondió que no era posible, ya que Velásquez no era integrante de AD, y el partido no lo admitiría.

A contrapelo de las consideraciones anteriores, Otero Silva manifestaba otra opinión sobre el tema del supuesto no apoyo de Betancourt a Leoni:

“Tal vez la fogueada astucia política de Betancourt lo llevara a disimular su inclinación por la candidatura de Leoni para librarse de acusaciones de imposición sucesorial, tan accidentadas en la historia de Venezuela. Qui nescit dissimulare nescit regnare, dijo el maestro Maquiavelo. A juicio del periodista, el candidato presidencial de Rómulo Betancourt no podía ser otro sino Raúl Leoni. Lo era desde la frutería de Barranquilla, sí señor”
(Otero Silva, 1998:125)

En cualquier caso, cuando el partido fue a considerar el tema del candidato presidencial ya Leoni había hecho su trabajo y se imponía prácticamente por aclamación, y sin que nadie le discutiera su derecho a serlo. El 13 de julio de 1963, después de un año recorriendo todas las seccionales del partido en la geografía nacional, AD designa a Leoni como su abanderado para las elecciones que tendrían lugar en diciembre. Esto ocurre en el marco de la XIII Convención Nacional de la organización, en el teatro Boyacá. El partido había sufrido dos divisiones en cinco años, y uno de los divisores era candidato también: Raúl Ramos Jiménez. A la contienda se presentan Larrazábal, por el FDP (Frente Democrático Popular), creado por Jorge Dáger después de abandonar AD para irse con el MIR y, finalmente, separarse de este partido de izquierda; Villalba por URD, que esperaba el apoyo de Larrazábal que no llegó; Caldera con COPEI, una vez fracasado el intento de coalición AD-COPEI en torno a Velásquez; Uslar Pietri, que desde la atalaya de su prestigio literario, su visibilidad televisiva y su papel en el gobierno de Medina Angarita, se presentaba buscando el voto independiente y, finalmente, Germán Borregales por el MAN, un candidato y un partido de significación menor dentro del espectro electoral.

El clima en el que tiene lugar la campaña electoral de 1963 era contradictorio. Por una parte, la ciudadanía observaba un comportamiento correcto en las manifestaciones públicas y un gran fervor por sus candidatos pero, por la otra, la violencia política de la izquierda en armas no cesaba. Fue durante la campaña que un comando asaltó el Museo de Bellas Artes y robó piezas de la muestra “Cien años de pintura francesa”; otro comandó el secuestro del buque “Anzoátegui” y se lo llevó a Brasil; otro comando asaltó el Hospital Militar y las guerrillas se incrementaron en el estado Falcón, donde dinamitaron puentes y causaron otros estropicios. Mientras tanto, algunos candidatos, como Villalba, solicitaban una “amnistía general”, que incluyera a los guerrilleros, mientras Uslar le achacaba a Betancourt el hecho de no haber sabido liberar al país del divisionismo y de la violencia imperante. Extraña circunstancia vivía el gobierno al final de sus días: lo atacaba la izquierda en armas, con actos terroristas imperdonables, y lo atacaban los candidatos solicitando “clemencia” para esa izquierda al margen de la legalidad.

La candidatura de Leoni, como señalamos antes, va a tener el decidido apoyo del Buró Sindical y, muy particularmente, el de Prieto Figueroa y de Jesús Ángel Paz Galárraga. Como puede evidenciarse, la oposición no logró nuclearse en torno a un candidato único con el cual enfrentar al candidato de AD, y ello facilitó el camino para Leoni, que no las tenía todas consigo porque el ejercicio del poder desgasta, y era imposible que se presentara ante el electorado marcando distancia con el gobierno de Betancourt. No pudiendo presentarse Leoni como una novedad ante los electores, tampoco podía distanciarse del gobierno, cosa que no estaba en su ánimo, ya que respaldaba la obra en todas sus facetas.

En el momento en que Leoni es proclamado candidato, pronuncia unas palabras esclarecedoras. Sigámoslas:

“Acción Democrática me ha escogido como su candidato presidencial. Los trabajadores que militan en nuestras filas me han brindado su apoyo solidario para que pueda considerarme desde ahora mismo como un candidato de entendimiento nacional. Estos

trabajadores, educados dentro de los principios del sindicalismo democrático, no están luchando por desconocer la función social de la empresa privada ni por despojar a nadie de sus legítimas pertenencias, sino por establecer un régimen de concordia nacional que les permita continuar batallando con tenacidad y juiciosa firmeza por lograr cada día una mejor condición social.”

(Leoni, 1964:9)

A partir de esta fecha inicia su campaña electoral, con una intervención en la Upata de su infancia, como señalamos en las primeras páginas de esta biografía, y con la mira puesta en el concepto de ofrecer su candidatura como la del “entendimiento nacional”, a pesar de no contar con el respaldo de sectores distintos a los de su partido. En cada región que visita se reúne con las llamadas “fuerzas vivas” y preside concentraciones populares de grandes magnitudes.

El 1 de diciembre tienen lugar las elecciones y vence el candidato de AD. Leoni obtiene 957.574 votos (32,80%) mientras llega de segundo Caldera, con 589.372 (20,19%) y luego Villalba con 510.975 (17,50 %), Uslar Pietri 469.240 (16,08%), Larrazábal 275.304 (9,43%), Ramos Jiménez 66.837 (2,29%) y Borregales 9.324 (0,32%). AD tendrá 22 senadores y 66 diputados. Como vemos, el fenómeno de la polarización, típico de la era bipartidista que aún no comenzaba, no se dio en esta oportunidad. Por el contrario, el electorado estuvo bastante dividido. Más aún, la oposición alcanzó casi el 70 % de los votos y, sin embargo, al ir separada perdió la oportunidad de dirigir los destinos del país. Al igual que en el proceso electoral anterior, AD perdió en Caracas y en algunos sectores del centro del país (Miranda y Aragua), pero ganó en casi todo el interior, donde sus fuerzas campesinas y sindicales formaban un bastión inexpugnable.

Ésta era la tercera victoria en fila de AD en elecciones universales, directas y secretas. Primero con Gallegos en 1947, con 70,88% de los votos, luego con Betancourt en 1958, con 48,1 % de los votos, y ahora con Leoni, que alcanzaba en medio de un electorado fragmentado el 32, 80 % de la votación. Era evidente que los venezolanos venían res-

paldando al partido que enarbolaba la bandera de la democracia como la principal, pero también se hacía evidente que en la masa electoral habían surgido otras opciones con fuerza. Si en 1958 la candidatura de Larrazábal recibió un apoyo de 32,89% de los votos, y Caldera de 16,30 %, ahora el mismo Caldera subía a 20,19 % y entre Villalba y Uslar Pietri sumaban 33,58 % del electorado, con lo que quedaba claro que AD, salvo en la elección de Gallegos, jamás contó con más de la mitad de los electores. Ello explica, entre otras razones, la necesidad del Pacto de Puntofijo y la necesidad que tendrá Leoni de integrar un gobierno, como veremos luego, de coalición.

Durante la campaña de Leoni ya fue asomando lo que sería un hecho en el futuro presidente: la conformación de una pareja presidencial. Realmente, no ha habido otra en toda nuestra historia republicana que funcionara con tal acoplamiento de caracteres, y que se presentara ante al país como una dupla de gobierno. Esto no quiere decir que doña Menca fuese a influir en los asuntos de Estado, que quedaban en manos de su marido, como sí lo hicieron otras parejas de presidentes luego, y no precisamente desde la legitimidad del matrimonio constituido. No, la constitución de la pareja presidencial vino a reforzar el valor de la familia y, también, a reforzar el papel laborioso de la mujer en la sociedad en formación. Pero ya nos detendremos a examinar el papel de la Primera Dama durante el gobierno de Leoni.

Cuando el Consejo Supremo Electoral proclamó como Presidente de la República a Raúl Leoni Otero el 14 de diciembre de 1963, éste pronunció un discurso del que extraigo el párrafo más concluyente:

“Seré un Presidente que gobernará para todos los venezolanos y que sólo se dejará dominar por la pasión de servir bien a Venezuela y de no defraudar la fe de los que en mí creyeron. Tengo convicciones firmes, pero soy ajeno a la soberbia y a la arrogancia. Por eso puedo asegurar que gobernaré con sujeción a los principios democráticos de respeto a la libertad y a la humana dignidad, por cuya vigencia he luchado durante toda mi

vida. Sin embargo, jamás vacilaré en combatir la violencia con la energía que fuere necesaria para preservar nuestras instituciones republicanas.”

(Leoni, 1964: 11)

En estas palabras, en algún sentido premonitorias, el presidente electo adelantaba lo que sería el norte de su mandato: el combate sin cuartel contra la guerrilla, al punto de haberla acorralado hasta llevarla a la negociación de su pacificación, política que adelantará el gobierno que sucederá al de Leoni, como es historia sabida.

El Presidente de **la República** (1964-1969)

Durante los días que transcurren entre la victoria electoral y la asunción del poder, el presidente Leoni fue tejiendo la base de sustentación de su gobierno. Si bien es cierto que la debilidad del sistema no era de tanta magnitud como la que enfrentara Betancourt al comenzar su mandato, no era menos cierto que se hacía necesario gobernar en coalición, robusteciéndose así el gobierno y conjugándose los empeños por destruir a la democracia representativa. En ello estaban empleadas las fuerzas de la izquierda, al margen de la legalidad y en las guerrillas, y también, aunque ya menguantes, las fuerzas militares de derecha, de raigambre perezjimenista, que también soñaban con deshacer lo alcanzado institucionalmente.

Si Betancourt gobernó en coalición con COPEI, y eso era lo que él mismo consideraba recomendable para el nuevo gobierno, tanto COPEI como Leoni pensaban distinto. Por una parte, Caldera veía una oportunidad de crecimiento en la estrategia de no co-gobernar con Leoni, como sí lo había hecho con Betancourt, ya que así su partido se desmarcaría y comenzaría a “dejarse crecer los pantalones” en la política nacional. Por la otra, es un hecho que Leoni no simpatizaba demasiado con los socialcristianos y se inclinaba más por la asociación con

otras fuerzas políticas para gobernar. Eso fue lo que ocurrió, no sin antes intentar formar gobierno con COPEI, pero con resultados infructuosos, ya que Leoni consideraba que la asociación con otras fuerzas políticas sería de “colaboración” y no de gobierno prácticamente paritario, como lo establecía el Pacto de Puntofijo. Este matiz en el que hacía hincapié Leoni colocaba a Caldera en una situación desventajosa en relación con su situación durante el gobierno de Betancourt, de modo que no se llegó a un acuerdo. A la par, Leoni sostuvo conversaciones con Villalba, cosa que molestó particularmente a COPEI, teniendo entre manos la coartada necesaria para no aceptar la invitación a cogobernar en “colaboración” que le formulaba Leoni. Por otra parte, tampoco prosperaron las conversaciones Leoni-Larrazábal para cogobernar, lo que iba dejando despejado el campo para las fuerzas de Uslar y Villalba.

En febrero de 1964 Villalba y Leoni llegan a un acuerdo, y el llamado “uslarismo” también se suma a lo convenido. Estos últimos, seguidores del escritor, que ya habían formado un partido político, dado el éxito electoral alcanzado, el FND (Frente Nacional Democrático), integraron lo que se dio en llamar la “Amplia Base”, gobierno de *sui generis* coalición, integrado por algunos de los enemigos políticos más acérrimos que tuvo el gobierno de Betancourt: Villalba y Uslar Pietri. Esto, probablemente, terminó de conducir a Betancourt a la decisión de ausentarse de Venezuela *sine die*, para lo cual solicitó permiso ante el Congreso Nacional, ya que ostentaba la distinción de senador vitalicio, de acuerdo con la Constitución de 1961, que le atribuía esa condición a todos los ex Presidentes de la República.

En cualquier caso, la decisión de ausentarse por parte de Betancourt fue bienvenida por todos: era una manera de sustraerse de la contienda política diaria, y dejar gobernar sin sombras a su amigo de toda la vida y socio político más cercano. La oposición de entonces no dejó pasar la oportunidad de lanzar piedras en la grieta entre Betancourt y Leoni, creada a partir de esta diferencia sustancial en cuanto a los socios del co-gobierno. Entonces se dijo que Leoni había seguido la

tradicción venezolana de desmarcarse de su jefe, y que no podía interpretarse de otra manera su pacto con Villalba y Uslar, anatemas de Betancourt. En todo caso, la lejanía del país de Betancourt hizo que las diferencias, que de hecho existían, no prevalecieran sobre las afinidades de toda una vida política adelantada en sociedad.

El acuerdo alcanzado suponía la conformación del gobierno con tres ministros de AD y una plantilla de independientes, mientras tanto Villalba y Uslar defendían la obra de gobierno tanto en el parlamento como en la calle. En verdad, varios de los independientes escogidos eran tan cercanos a AD que no necesitaban estar inscritos en el partido para compartir su programa político. ¿Quiénes eran los adecos manifiestos que integraban el gobierno?: El ministro de Relaciones Interiores: Gonzalo Barrios; ministro de Obras Públicas: Leopoldo Sucre Figarella; ministro de Educación: J. M. Siso Martínez y en la cartera de Minas e Hidrocarburos Manuel Pérez Guerrero, mientras Manuel Mantilla estaría a cargo de la Secretaría de la Presidencia.

Los independientes serían el canciller Ignacio Iribarren Borges; el ministro de Hacienda, Andrés Germán Otero; el ministro de Fomento, Manuel R. Egaña; el ministro de Sanidad: Alfredo Arreaza Guzmán; el ministro de Agricultura y Cría, Alejandro Osorio; el ministro del Trabajo, Eloy Lares Martínez; el ministro de Comunicaciones, Lorenzo Azpúrua Marturet, y el ministro de Justicia, Miguel Ángel Burelli Rivas. El ministro de Defensa sería Ramón Florencio Gómez y el gobernador del Distrito Federal, Raúl Valera.

Al finalizar el año, en noviembre, se impone un reordenamiento del Gabinete Ejecutivo a solicitud de Villalba y Uslar Pietri, quienes ahora querían gente suya al frente de algunos ministerios, de manera de poder defender las políticas públicas con pertinencia. Al FND se le entrega el Ministerio de Comunicaciones, en la persona de José Joaquín González Gorrondona, el Ministerio de Agricultura a Juan José Palacios y el de Justicia, a Ramón Escovar Salom, para entonces Secretario General del partido de Uslar. A URD se le entregan los ministe-

rios de Fomento, en la persona de Luis Hernández Solís; Sanidad, a cargo de Domingo Guzmán Lander y Trabajo, para Hens Silva Torres.

No fue fácil conformar un gobierno de amplitud nacional, como lo anunció el 14 de marzo de 1964 en su discurso de toma de posesión en el Congreso Nacional el presidente Leoni; pero el norte era ése, y el espíritu del gobierno no se quería sectario:

“Nuestra realidad política se asienta ya sobre el pluralismo partidista que expresa la vitalidad de este sistema democrático, cada día más afianzado. Por eso, en Venezuela, nadie quiere gobiernos exclusivistas, sino gobiernos abiertos para cuantos quieran servir a la República, con lealtad y espíritu de responsabilidad.”

(Leoni, 1964: 17)

Por otra parte, en el “Mensaje especial presentado por el ciudadano Presidente de la República, Dr Raúl Leoni, al Congreso Nacional” el 11 de mayo de 1964, se hacen consideraciones importantes sobre el pasado inmediato y el futuro. En cuanto a lo primero se señala que:

“Todos estos indicadores muestran que se ha consolidado el proceso de recuperación económica iniciado durante el año de 1962 y que ya se ha entrado definitivamente a un proceso de franca y marcada expansión.”

(Leoni, 1964:11)

Este mensaje acompaña a una solicitud de recursos extraordinarios para el avance de la acción del Estado, y se aprovecha para enumerar las líneas gruesas en materia económica y social. Se busca profundizar la Reforma Agraria y se propone acelerar el proceso de dotación de tierras a los campesinos. Se busca que la política de industrialización se oriente hacia la creación de bienes de consumo y la sustitución de importaciones de materias primas y productos semielaborados. Se busca el desarrollo de la industria petroquímica, química, siderúrgica y mecánica. Se busca el desarrollo de planes de vivienda y servicios educativos, así como la continuación del Plan de Vialidad Nacional,

que ya se reconoce como el más audaz de América Latina, y se señala haber sido elaborado en 1946.

El año de 1965 trajo consigo varios hechos de significación. Por una parte, el editor Miguel Ángel Capriles se vio envuelto en una conspiración para derrocar al presidente Leoni y fue hecho preso, de manera preventiva, y por otra, los seguidores de Pérez Jiménez, que ya pagaba condena en el país, formaron un partido político: Cruzada Cívica Nacionalista. Al año siguiente, la base de sustentación del gobierno se resquebrajó con la salida de la Amplia Base del partido de Uslar (FND) el 14 de marzo de 1966, después de enviarle una carta razonada al Presidente de la República. En ella aludía a la falta real de unidad entre los tres partidos de la coalición. URD permanecería en el gobierno hasta 1968, pero como socio natural, sin recordar el proyecto de la Amplia Base.

Contemporáneamente van dándose dos procesos nacionales. Si bien por una parte la política de pacificación de las izquierdas arroja resultados positivos, como pueden ser la liberación de algunos de sus presos, por otra se intensifica la lucha guerrillera y, con ella, las respuestas del gobierno. Es por ello que muchos protagonistas guerrilleros de esos años han señalado que los tiempos más duros fueron los de Leoni, ya que las respuestas del Ejército Nacional no fueron “pétalos de rosas”. Otro sector de la izquierda hacía esfuerzos por integrarse en un frente único de oposición al gobierno, que actuara en la legalidad, y mientras esto ocurría, desde Cuba se planificaba un desembarco en costas venezolanas, cosa que ocurrió en Machurucuto, con lo que quedaba claro que Castro se inmiscuía clara y directamente en los asuntos venezolanos, con absoluta desfachatez.

El otro proceso al que aludí al comienzo del párrafo anterior es el de la selección candidatural de AD. En este campo, el fuego ardía. Hacia finales de 1966 los dos precandidatos dejaron sus responsabilidades en manos de otro (Prieto, la Presidencia del Congreso Nacional y Barrios, el Ministerio de Relaciones Interiores) y se adentran en el tema electoral. A medida que avanza 1967 los apoyos de Prieto se hacen evi-

dentes en el Buró Sindical, mientras que los de Barrios emanaban, en su mayoría, de dirigentes nacionales del partido. Betancourt, desde Berna, hace saber que su candidato no puede ser Prieto sino Barrios, con lo que los entretelones de esta historia toma ribetes de drama. Prieto es un viejo y entrañable amigo de Betancourt, al igual que Leoni y al igual que Barrios, de modo que apoyar la candidatura de este último por encima de la del maestro Prieto, no podía ser experimentado por éste sino como una dolorosa afrenta. Dicen que en estas consideraciones tuvo mucha influencia en Betancourt la presencia del Secretario General de AD, Jesús Ángel Paz Galárraga, por quien el fundador de AD sentía animadversión. También se ha dicho que el sesgo izquierdizante de Prieto le parecía inconveniente a Betancourt para la Venezuela de entonces. Lo cierto es que la Acción Democrática prietista acordó la creación de un nuevo partido político el 10 de diciembre de 1967: el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) con el que presentarían la candidatura del maestro a las elecciones de diciembre de 1968.

El panorama político iba perfilándose así: Prieto con el MEP, Caldera con COPEI, Barrios con AD, y una candidatura de un frente político integrado por FND (Uslar), FDP (Larrazábal) y URD (Villalba), además del factor de suma importancia que significó Miguel Otero Silva, quien produjo la no inclusión de Miguel Ángel Capriles en este frente, y en consecuencia el apoyo de éste a la candidatura de Caldera, al igual que Pedro R. Tinoco, factor fundamental de poder en la Venezuela contemporánea, que tampoco comulgaba con la candidatura escogida de Miguel Ángel Burelli Rivas, independiente que se había desempeñado con éxito en los gobiernos de Betancourt y Leoni. Como se ve, el cuadro electoral estaba lejos de conformar un esquema bipartidista; por el contrario, recogía *mutatis mutandi*, el esquema de cuatro factores políticos que se habían presentado en la elección anterior, y que se venían conformando sobre la disminución del caudal electoral de AD. Había ahora, además, una masa de electores considerable conformada por los seguidores de Pérez Jiménez, quien va a alcanzar una vota-

ción alta y que muchos de los candidatos buscaron seducir de todas las formas posibles.

Al cabo, la historia es conocida: el triunfo precario de Caldera sobre Barrios, con una diferencia de 30.000 votos, pero resalta la posición clarísima de Leoni de entregar la presidencia al ganador, así hubiese ganado por un solo voto de diferencia. Hasta esta fecha electoral, el cuadro político estuvo dividido en cuatro toletes de similar tamaño, con los matices que señalamos en líneas anteriores; luego, en las elecciones de 1973, 1978, 1983 y 1988, el electorado se dividió entre AD y COPEI, conformando el fenómeno bipartidista. Este fenómeno concluyó en las elecciones de 1993, cuando el electorado se dividió otra vez en cuatro toletes, y ganó Caldera de nuevo.

Leoni concluía su mandato en medio de significativos logros económicos y sociales, pero con la tristeza de experimentar una tercera división de su partido. Ésta fue sumamente dolorosa para el propio Leoni, ya que mantenía una relación de amistad profunda con Prieto, quien había sido su compañero de luchas casi desde el comienzo de su aventura política. Abundan los testimonios de lo que esta ruptura significó en el ánimo de Leoni en términos de un verdadero terremoto emocional. Así lo sostiene el periodista y editor Rafael Poleo, quien conoció a Leoni muy de cerca, y en entrevista sostenida conmigo en mayo de 2002, aún inédita, afirmó:

“A Leoni la ruptura con Prieto lo mató. Leoni se enferma, entra en una degeneración fisiológica, cuando él no puede explicarle a su hijo por qué Tío Conejo, como él llamaba a Prieto, ya no viene a la casa, eso mató a Leoni. Me lo dijo llorando con cuatro tragos que tenía, una noche en La Casona: ‘Yo no tengo cómo explicarle a mi hijo menor por qué Tío Conejo ya no viene a la casa’, y luego dice: ‘Lo que es la política, la gente se muere por estar aquí, y éstos han sido los años más infelices de mi vida’, así mismo me dijo.”

Los resultados en cifras del gobierno de Leoni son, en muchos sentidos, asombrosos, sobre todo si los comparamos con la Venezuela de nuestros tiempos, que en cifras absolutas se encuentra sumergida en

una crisis económica desde 1978. Veamos algunos guarismos. Según CORDIPLAN, el Producto Territorial Bruto no dejó de crecer durante el quinquenio de 1964-1969.

1960	26.538	1,4%
1961	26.817	1,1%
1962	28.415	6,0%
1963	30.022	5,6%
1964	32.352	7,8%
1965	34.516	6,7%
1966	35.596	3,1%
1967	37.362	5,0%
1968	39.423	5,5%

La tasa promedio de crecimiento del PTB durante el quinquenio fue del 6,0%, mientras el ingreso per cápita tuvo un aumento sustancial del 2,0 % durante el quinquenio, alcanzando los 4.100 bolívares por habitante en 1968, al cambio de 4,50 bolívares por dólar. El desempleo descendió de 14,2 % de la fuerza de trabajo en 1962 a 6,4% en 1968, reflejando un crecimiento sostenido de las fuentes laborales, atribuido a la política industrial del gobierno. El crecimiento del producto interno agrícola fue de 6,2 % en promedio anual, en particular en el rubro del arroz, donde la agroindustria alcanzó cotas gigantescas. En el área de vivienda, el sector privado participó en cerca del 50% del crecimiento, gracias a la creación de un sistema crediticio público y privado conformado por el Sistema Nacional de Ahorro y Préstamo y la Banca Hipotecaria. El sector público, por su parte, construyó un total de 134.632 viviendas durante el quinquenio. En prácticamente todas las áreas de la economía nacional los resultados del gobierno fueron más que satisfactorios. Las reservas internacionales se incrementaron, y la deuda pública externa fue mínima en comparación con las cifras actuales, e incluso disminuyó en comparación con períodos anteriores. En materia petrolera, en 1968 se alcanzó una cifra

que hasta hoy en día sería envidiable: se extrajeron un promedio de 3.604.759 barriles de petróleo diarios, y la participación fiscal se incrementó notablemente en relación con años anteriores.

El polo de desarrollo del sur, coordinado desde Ciudad Guayana, fue consolidándose notablemente a partir del impulso que se le dio a la central hidroeléctrica Guri, fuente energética con la que pudo desarrollarse la industria pesada del hierro, el carbón y el aluminio, entre otros productos mineros. En 1968 se inauguró la primera etapa de esta obra de grandes proporciones y beneficios económicos para el país. El sueño de levantar un emporio industrial en el sur de Venezuela, que dialogara con el polo zuliano, se materializó en buena medida durante estos años de Leoni. Luego veremos cómo el Congreso Nacional, en ejercicio para el momento de la muerte de Leoni, propondrá otorgarle el nombre del recién fallecido ex Presidente a la obra magna de la ingeniería hidroeléctrica nacional.

Durante el quinquenio la política ya implementada por Betancourt de construcción de obras de vialidad continuó su ritmo ascendente. En particular, se atendió la creación de autopistas y carreteras, pero sobre todo estas últimas, ya que permitían el mejor flujo de los productos agrícolas. Entonces Venezuela se jactaba de ser el país de América Latina con el mejor sistema de comunicaciones viales, y en efecto lo era. Entre otras obras de importancia se construyeron la autopista Coche-Tejerías, Valencia-Puerto Cabello, el puente Angostura sobre el Orinoco, el puente sobre el río Arauca, las vías Barinas-La Pedrera, Ciudad Bolívar-Ciudad Piar, San Fernando-Achaguas, Upata-El Manteco, El Clavo-El Guapo, Guanta-Cumaná-Los Altos de Santa Fé. En las ciudades se construyeron: la avenida intercomunal de Antímamo, la Libertador, la intercomunal del Valle, la autopista Puente Mohedano-La Araña-Coche, la intercomunal Barcelona-Puerto La Cruz, la avenida Bolívar de Maracay, la Maracaibo-San Francisco, la Cota Mil en Caracas, la vialidad urbana de Valencia, entre otras. Por otra parte, en materia cultural, durante su gobierno se dio el paso de institucionalización del sector más significativo de su tiempo. Se creó el Instituto Nacional de

Cultura y Bellas Artes (INCIBA), organismo para el que estaba designado como presidente el escritor Mariano Picón Salas, pero el 1 de enero de 1965 lo sorprendió la muerte, y la tarea de iniciación del organismo recayó en otras personalidades, hasta que fue sustituido por la ley de creación del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC), en 1975.

Pero no pretendo abrumar al lector con una lista de mercado de realizaciones materiales u organizacionales; para ello están las memorias gubernamentales de aquellos años. Si he ofrecido estos guarismos es porque es justo reconocer que fue un período de prosperidad económica para Venezuela, y muy probablemente esa prosperidad guardó relación con la claridad con que Leoni entendía el papel de cada factor en el desarrollo nacional. Ya lo decía en su discurso de toma de posesión del cargo, el 11 de marzo de 1964, palabras que vinieron a significar toda una doctrina de asociación entre el sector público y el privado:

“Esa acción oficial no puede ser realizada sin el concurso del sector privado. Su colaboración es indispensable a los fines de allegar, en la cuantía suficiente, los recursos y experiencias que se requieren para alcanzar los objetivos propuestos.”

Y más adelante remata, afirmando:

“En todo caso, y salvo en aquellos en que el Estado ha delimitado de manera específica su campo de acción, se procurará no interferir ni competir con la empresa privada, haciendo lo posible por estimularla y protegerla. Por lo que se refiere a la inversión extranjera, ésta recibirá, junto con un trato justo, las debidas garantías, siempre que se halle dispuesta a contribuir con la expansión de nuestra producción en condiciones de igualdad con la inversión nacional y dentro de la orientación señalada por el gobierno.”

(Leoni, 1964: 18 y 24)

Es en estas propuestas de armonía y paz en donde hay que buscar las razones del desarrollo alcanzado durante estos años. Reglas del juego

claras, garantías, estímulo y, sobre todo, una invitación a todos los sectores a participar en la construcción de la nación.

Por otra parte, la obra de gobierno de Leoni en el ámbito de las relaciones exteriores se desarrolló en medio de las tensiones de la Guerra Fría, y no son pocos los logros que alcanzó a partir del hecho de haber gobernado sobre la base de principios. Por ello no asistió a la Conferencia Interamericana Extraordinaria en Río de Janeiro en noviembre de 1965, porque el gobierno de Brasil entonces no era producto de unas elecciones democráticas, y un país que se preciaba de serlo, como lo era Venezuela, no podía convalidar con su presencia a un gobierno de orígenes ilegítimos. Invocando similares principios el gobierno de Leoni antes, en abril del mismo año, se opuso en el seno de la OEA a la ocupación de la infantería de marina norteamericana de la República Dominicana, sobre todo porque se trataba de una ocupación unilateral, y constituía un hecho violatorio de la normativa que la misma OEA representaba y estaba llamada a defender. Venezuela abogó por una solución pacífica de la crisis, siempre dentro del marco legal internacional. Esta fortaleza en la invocación de principios del Derecho Internacional fue abonando la creencia, más que justificada, de que Venezuela contaba con un gobierno serio, que se ajustaba a las leyes, y que hacía respetar los tratados internacionales firmados, independientemente de los intereses que se afectaran al invocar el cumplimiento de las leyes.

Al año siguiente, en abril de 1966, tuvo lugar la Cumbre Andina de Bogotá, y en ella participaron los jefes de Estado de Colombia, Carlos Lleras Restrepo, de Chile, Eduardo Frei Montalva, y de Venezuela, Raúl Leoni, así como los representantes de Ecuador y Perú, Galo Plaza y Fernando Schwalb, respectivamente. De aquella cumbre surgió la idea que luego se materializó con la creación de la Corporación Andina de Fomento (CAF), así como de la actual Comunidad Andina de Naciones, ya que las líneas de acción acordadas apuntaban a la intensificación del intercambio comercial entre los países signatarios, así como a la

búsqueda del acoplamiento de las políticas industriales y de importaciones de los países andinos.

En cuanto a la relación de Venezuela con los Estados Unidos de América, Edgardo Mondolfi Gudat señala en un estudio sobre el tema que si bien Leoni continuó con la política de no más concesiones petroleras y de no reconocimiento de gobiernos de facto bajo ningún concepto, por el otro lado:

“Obró sin embargo con un mayor grado de independencia frente a los Estados Unidos de lo que llegó a hacerlo su predecesor.”

(Mondolfi, 2000:375)

Nada de extraño tiene lo afirmado por Mondolfi, ya que es sabido que la posición de Leoni a lo largo de los años se sostuvo más a la izquierda que la de Betancourt, quien a partir de su segunda presidencia no ocultó una admiración creciente por la nación norteamericana y sus libertades públicas. Esto que afirmo tampoco conduce a pensar que Leoni fuera presa de alguno de estos antinorteamericanismos infantiles de los que suelen adolecer muchos mandatarios hispanoamericanos. Obviamente no era el caso de un hombre como él, quien sostuvo unas relaciones con el país del norte dentro del marco de los tratados internacionales y de suma cordialidad, pero que ello no le impidió recibir la visita del presidente de Gaulle a Venezuela, así como dar los primeros pasos para que Venezuela se identificara con el grupo de los 77, al tiempo que enviaba las primeras misiones económicas a países socialistas, como fueron las que viajaron a Rumania y la hoy extinta Checoslovaquia. Como vemos, la política exterior de Leoni tuvo unos signos particulares, que evidentemente respondían a concepciones de filosofía política que, en muchos sentidos, constituían algo más que matices diferenciales en relación con la de Betancourt.

En los últimos años de su mandato tuvieron lugar varios hechos de importancia en el ámbito internacional, hechos que se añaden a los ya señalados. Uno de ellos fue el establecimiento en el mapa oficial de

Venezuela de un rayado sobre la zona en reclamación del Esequibo y, en concordancia con este hecho de ribetes simbólicos y reales, tuvo lugar la firma del Acuerdo de Ginebra, así como la llamada revuelta del Rupununi, que ocurrió en las postrimerías de la administración Leoni y fue tema para el gobierno que se estrenaba de Caldera. No es éste el espacio para reflexionar sobre los tres hechos, pero si es justo consignarlos. La revuelta del Rupununi conlleva detalles de tanta complejidad, que su sólo trato llevaría tantas páginas como las que esta biografía entraña.

Por otra parte, hay otro aspecto del gobierno de Leoni que lo singulariza notablemente. Me refiero al hecho de que ejerció el poder ejecutivo con un sentido de pareja presidencial. No digo que la Primera Dama tuviera ingerencia en las políticas públicas, digo que formó parte consustancial de la imagen del gobierno, y no porque se desarrollara una imagen de mercadeo en tal sentido, sino porque doña Menca Fernández de Leoni se ganó el favor y el cariño de los venezolanos con su trabajo. Esto, en las magnitudes en que ocurrió con esta pareja presidencial, no había pasado antes entre nosotros.

El trabajo a favor de los niños por parte de doña Menca fue denodado y sincero, y la visión siempre sonriente y optimista que el pueblo venezolano tenía de ella contribuyó decisivamente a que se creara una sinergia entre ella y Leoni, que con frecuencia aparecían juntos ante el país, como los dos buenos padres de familia que eran, atendiendo sus responsabilidades. Ayudó a resaltar la personalidad de doña Menca la que tenía el propio Leoni, que era un hombre sereno, parco, a veces adusto, aunque sonriente, mientras su esposa irradiaba alegría venezolana, de la Venezuela de tierra adentro, consustanciada con la manera de ser de la mayoría. El contraste favorecía a ambos, y la conjunción creaba una suerte de energía que hacía de la pareja presidencial una fuerza. La luz que irradiaba la pareja estaba imantada de buenos sentimientos, del sentimiento de la bondad y del apoyo a la infancia.

El trabajo de la Primera Dama se concentró en su respaldo al Consejo Venezolano del Niño y en su labor al frente de la Fundación Festival

del Niño. Esta última institución fue fundada por ella y se dedicó a múltiples tareas, entre otras al programa de “Regulación de la familia”, destinado a buscar un mínimo orden familiar, que favoreciera el entorno de crecimiento de los hijos. Entonces se adelantó un programa de reconocimiento de hijos naturales, y se llevaron a cabo matrimonios colectivos, en particular de aquellas parejas que tenían muchos hijos. Se legitimaron, gracias a este programa, cerca de 20.000 niños y se formalizaron cerca de 4.000 matrimonios. Además, la Fundación Festival del Niño participó o estimuló la construcción de muchos albergues, jardines de infancia y casas cunas, así como proveyó dotaciones para hospitales materno-infantiles en diversas regiones de la geografía nacional. La creación de la Fundación Festival del Niño, además, le dio a la institución de la Primera Dama un instrumento organizacional para llevar adelante su tarea a favor de la infancia, consagrándose así una labor menos aleatoria y más institucional para la esposa del Presidente de la República.

Por otra parte, la constitución de parejas presidenciales activas, y con irradiación simbólica, no son comunes en nuestra historia. El propio Libertador, nuestro arquetipo colectivo máximo, no contó con una pareja estable, después de su prematura viudez. Por el contrario, su leyenda contempla infinidad de amoríos y una amante relativamente permanente. Abundan los casos en que la autoridad máxima de la nación estuvo unida legalmente con la madre de sus hijos, y mantenía una relación igualmente estable con otra pareja, con quien criaba otra prole. El general Gómez es un ejemplo de lo que digo, por sólo citar uno. Se ha dado el caso de divorcio de la pareja presidencial durante el mandato o, también, de una Primera Dama cuya personalidad o capacidad de trabajo no le ha hecho ganarse el favor de la mayoría. De modo que la pareja Leoni-Fernández es un caso atípico dentro de la estructura de poder venezolano, y por ello lo reseñamos así.

En la entrevista que hemos citado antes, sostenida por Otero Silva el último día del mandato de Leoni, le pregunta por el papel de doña Menca en su gestión presidencial, y éste responde:

“Es una pregunta difícil de responder. No es a mí a quien toca hacer el elogio de Menca, mi mujer. Pero, al menos, te contaré una anécdota. En vísperas de mi elección presidencial fue a visitarnos a casa un grupo de sindicalistas del partido, y uno de ellos, que me consideraba excesivamente hosco y desabrido para el cargo de primer mandatario, comentó al salir: ‘Menos mal que Menca puede enseñarlo a sonreír y a saludar’. La verdad es que me enseñó muchas cosas más.”

(Otero Silva, 1998: 125)

El gobierno de Leoni que, como hemos dicho, fue para el imaginario colectivo, el gobierno de una pareja presidencial, fue el que adquirió la vieja casa de la hacienda La Carlota, la restauró, y la convirtió en la residencia oficial de los presidentes de Venezuela. De manera que así como por primera vez el presidente le entregaba el mando al candidato ganador de otro partido político, la familia presidencial hacía sus maletas de vuelta a casa, pero la casa que le entregaba a los Caldera era nuevo emblema de la familia presidencial. Símbolos de peso en un país en el que la familia no ha sido el núcleo para el desarrollo de la mayoría.

El 5 de marzo de 1969, Leoni pronuncia su último mensaje como Presidente de la República de Venezuela ante el Congreso Nacional. Allí hace el balance de su gestión y ofrece cifras elocuentes de sus logros en materia económica, que fueron muchos y constantes a lo largo de su quinquenio. Se cumplía un rito democrático y republicano y la mayoría tenía la impresión de asistir al final de un gobierno conciliador, signado por buenas intenciones, y con no pocos logros que exhibir ante el juicio de la historia. Esa impresión de la mayoría fue confirmándose con el paso de los años, cuando las distintas fracciones políticas que hacían vida en el Congreso Nacional, así como los poderes locales, le confirieron el nombre de Raúl Leoni a obras de gran envergadura nacional, como el Complejo Hidroeléctrico de Guri, y de otras de menor importancia infraestructural, pero de gran significación afectiva para la ciudadanía. Se necesitó muy poco tiempo para que la mayoría conviniera con satisfacción en que el gobierno de Leo-

ni había sido sereno y eficiente, y que el primer magistrado era un hombre machadianamente bueno y querido por muchos, así como su mujer: Menca Fernández de Leoni.

Consigno ahora, para finalizar el capítulo de su gobierno, sus frases finales al despedirse del poder, frases que muy pronto entraron en el salón de los aciertos verbales, dada su belleza y exactitud:

“Al dejar detrás de mí las puertas de Miraflores no dejo nada que pueda perturbar mi ánimo ni atemorizar mi conciencia. Los corredores y cámaras del viejo palacio quedan limpios y sin máculas de intrigas ni de maldad. Allí no se maquinó ni se fraguó contra el pueblo, cuyo verdadero espíritu fue allí siempre el soberano. Siempre se le respetó, se le quiso y se trabajó para él exclusivamente. No tengo nada que temer. Y si me aflige algún pesar, será el no haber logrado la realización de todo cuanto soñé, de todo cuanto aspiré y de todo cuanto quise hacer. Si algo temo es el no haber servido a mi país como lo he deseado”.

Tres años **finales** (1969-1972)

Al no más entregar La Casona a la nueva familia presidencial, los Leoni regresan a su casa en la urbanización Los Palos Grandes. La dolencia que la pareja había mantenido en secreto aflora de nuevo en doña Menca. En 1963, en plena campaña electoral de Leoni, a Menca le fue descubierto un cáncer de mama, según un diagnóstico médico efectuado en una clínica en los Estados Unidos. Cuando aquello ocurrió, según relatan sus hijas, Leoni le dijo a su esposa que abandonaba la campaña y se entregaba a cuidarla en su enfermedad, a lo que replicó Menca que todo lo contrario, que era el momento de avanzar y sacar fuerzas del alma. Y, en verdad, la vitalidad que desplegó durante los cinco años de gobierno de su esposo, jamás los venezolanos habrían podido imaginar que provenía de una mujer a la que le habían extirpado un tumor maligno de un seno, y vivía con la Espada de Damócles de la reaparición de la enfermedad en cualquier otro sitio de su cuerpo. Pues bien, esas fuerzas, ya cumplido el encargo que los venezolanos le habían hecho a su esposo, comenzaban a mermar y, muy pronto, la metástasis se hizo presente.

No se sentía bien doña Menca como para acompañar al ex Presidente en un viaje corto a visitar a su hijo Álvaro, quien estudiaba en San

Francisco, y lo acompañó su hija Luisana. Luego fueron a París y Berna a visitar al viejo amigo. Entonces sostuvieron las largas conversaciones que se debían en tantos años de tráfago, y quizá fueron también las últimas que sostuvieron Betancourt y Leoni. Al regreso a Caracas, se le presentó un derrame en una úlcera estomacal, y estuvo al borde de la muerte, ya muy cerca de desangrarse, cuando fue llevado de emergencia al hospital. Allí conocieron los Leoni las más grandes manifestaciones de afecto: centenares de visitas diarias de gente que los amaba, y que iba a reconfortarlos con el calor de la amistad.

El cáncer de doña Menca seguía avanzando, y entonces comprende que le queda poco tiempo de vida, por ello le propone a su hermana Mercedes, casada con Enrique Benedetti y sin descendencia, que compren dos parcelas juntas en la nueva urbanización San Luis y construyan casas contiguas, de manera de ir preparando el camino de la partida, y dejar a los hijos en las mejores manos. Así fue, construyeron dos casas en las que se mudaron a vivir los Leoni y los Benedetti hacia finales de 1970. Ese año, una nueva intervención quirúrgica le fue practicada a doña Menca, esta vez en las glándulas suprarrenales, pero se recuperó de ella con su fortaleza natural y emprendieron viaje a las raíces. Los Leoni fueron a Córcega, a conocer a los lejanos parientes, y luego visitaron al Papa en el Vaticano. La providencia les concedía aquellas alegrías, antes del regreso a casa.

Leoni establece oficina en 1971 con sus amigos Reinaldo Leandro Mora y Héctor Hurtado en el edificio Nuevo Centro de la avenida Libertador. Entonces retoma su actividad política partidista, mientras la enfermedad de su mujer avanza. El fin de año de 1971 lo pasaron en la vieja hacienda de la familia Fernández, "Puedpa", cerca de El Manteco, la querencia principal de Menca. La salud resentida de la ex Primera Dama de la República, en enero de 1972, la conduce a otra intervención quirúrgica, de la que sale de nuevo airosa. En cambio, una fiebre vespertina se apodera del cuerpo del ex Presidente. Se inician los exámenes de rigor y no se halla su causa, pero el deterioro de su salud no cesa, hasta que en mayo una junta médica decide llevar a Leoni a Nue-

va York, en busca de otras opiniones y otros exámenes. Allí le intervienen la próstata, con resultados satisfactorios, y también operan el estómago buscando otras causas y hallan una diverticulosis en estado muy avanzado, aparentemente mal tratada clínicamente, con efectos tan severos que interesaba otros órganos, y el cuerpo cansado del viejo Leoni no pudo con el avance del daño. Para colmo, le sobrevinieron estando en el hospital un paro cardíaco y otro respiratorio, atribuidos a la severidad de los tratamientos. Al amanecer del 5 de julio fallecía en Nueva York el hijo de Clemente y Carmen, a los sesenta y siete años.

Fallecía el dirigente juvenil que presidía la Federación de Estudiantes de Venezuela cuando la generación de 1928 decidió consagrarle la vida a la modernización política del país. El joven exiliado que redactó, en comandita con quienes iban a ser sus compañeros políticos de siempre, el Plan de Barranquilla. El fundador de Acción Democrática, que llegó a ser el partido político de masas más enraizado en el país, y uno de los más grandes movimientos políticos de Hispanoamérica. El ministro del Trabajo, que en tres años contribuyó, inusitadamente, con la creación y consolidación jurídica del movimiento sindical venezolano: piedra angular del tejido social nacional durante décadas de vida democrática. El primer presidente del Congreso Nacional de la vida democrática venezolana, y un hombre que gobernó al país con un estilo que si algunos no entendieron plenamente en su tiempo, cada día que pasa se advierte la enorme significación de su sindéresis, su serenidad, su apego a las leyes y su reciedumbre al momento de defender el proyecto democrático de quienes pretendían destruirlo por la vía de las armas.

Como ninguno de los gobiernos democráticos que nos hemos dado los venezolanos, el de Leoni crece pertinazmente con el paso de los años, y a la luz de las experiencias recientes, se acerca cada día más a una suerte de modelo. Alejado de la inútil estridencia, pero eficaz en sus propósitos, su obra de gobierno supo convocar al trabajo de construcción nacional a los diversos sectores del país. Supo tejer una red con las agujas de todos los que aceptaron la invitación para adelantar

la tarea, gracias a la humildad que suelen tener los grandes hombres para saber que todos son necesarios, y que las empresas colectivas que valen la pena son aquellas que no dejan a nadie fuera del mismo barco en el que vamos todos.

Contra lo previsible, Leoni moría primero que su compañera inseparable, quien le sobreviviría no más de seis meses, falleciendo el 22 de enero de 1973, acogida por el calor de su familia y el de un pueblo que nunca dejó de demostrarle su afecto. Entonces, apenas contaba con cincuenta y cuatro años.

- **Acedo de Sucre, María de Lourdes y Carmen Margarita Nones Mendoza.** *La generación venezolana de 1928. Estudio de una élite política.* Ediciones Ariel. Caracas, 1967.
- **Agudo Freites, Raúl.** *Pío Tamayo y la vanguardia.* UCV. Caracas, 1969.
- **Archivo familia Leoni-Fernández.** *Cartas, documentos originales.*
- **Archivo de Rómulo Betancourt.** *Tomos I, II, III, IV, V.* Editorial Fundación Rómulo Betancourt. Caracas.
- **Arráiz, Antonio.** *Los días de la ira.* Vadell Hermanos Editores. Caracas, 1991.
- **Arráiz Lucca, Rafael.** *Arturo Uslar Pietri: ajuste de cuentas.* Los Libros de El Nacional. Caracas, 2001.
___ *Venezuela en terapia intensiva.* Alfadil Ediciones, Colección Hogueras. Caracas, 2003.
___ *Entrevista inédita con Rafael Poleo.* Caracas. mayo 2002.
- **Betancourt, Rómulo.** *Venezuela, política y petróleo.* Monte Ávila Editores latinoamericana. Caracas, 2001.
- **Betancourt, Rómulo y Otero Silva, Miguel.** *En las huellas de la pezuña.* Santo Domingo, 1929.
- **Betancourt, Leoni, Sanabria.** *Discursos pronunciados en el Congreso Nacional el día 13 de febrero de 1959 en el acto de toma de posesión del presidente constitucional de Venezuela, señor Rómulo Betancourt.* Congreso Nacional. Caracas, 1959.
- **Caballero, Manuel.** *Las crisis de la Venezuela contemporánea.* Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas, 1998.

- ___ *La gestación de Hugo Chávez*. Los Libros de la Catarata. Madrid, 2000.
- ___ *Rómulo Betancourt, político de nación*. Alfadil-Fondo de Cultura Económica. Caracas, 2004.
- **Carrillo Batalla, Tomás Enrique**. *Quién derrocó a Pérez Jiménez*. Fondo Editorial Universidad Santa María. Caracas, 2001.
 - **Castro Leiva, Luis**. *El 23 de enero de 1958*. El Centauro Ediciones. Caracas, 2002.
 - **Consalvi, Simón Alberto, Polanco Alcántara, Tomás y Mondolfi Gudat, Edgardo**. *La relación Venezuela-Estados Unidos durante el último medio siglo*. Cámara Venezolano-americana de comercio e industria (Venancham). Caracas, 2000.
 - **Cordero Velásquez, Luis**. *Betancourt y la conjura militar del 45*. Edición del autor. Caracas, 1978.
 - **Dávila, Dora**. *La gripe española de 1918*. Historia para todos. Caracas, 1994.
 - **Dobles, Isa**. *Apuntes que apuntan*. Fuentes Editores. Caracas, 1993.
 - **Fombona de Certad, Ignacia**. *Armando Zuloaga Blanco: voces de una Caracas patricia*. Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1995.
 - **Gabaldón Márquez, Joaquín**. *Memoria y cuento de la generación del 28*. Concejo Municipal del Distrito Federal. Caracas, 1978.
 - **Gallegos, Rómulo**. *Canaima*. Casa Editorial Araluce. Barcelona, 1935.
 - **García Márquez, Gabriel**. *Vivir para contarla*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 2002.

- **Jiménez Arráiz, José Tomás.** *Recuerdos.* Litografía Vargas. Caracas, 1961.
- **Leoni, Raúl.** *Discurso del doctor Raúl Leoni, Presidente de la Cámara del Senado, en el acto de instalación de la Cámara.* Congreso Nacional. Caracas, 1959.
___ *Folleto publicado por la Presidencia de la República con motivo de su toma de posesión.* Caracas, 1964.
___ *Primer mensaje del presidente Leoni.* Publicaciones de la Secretaría General de la Presidencia de la República. Caracas, 1964.
___ *Mensaje especial presentado por el ciudadano Presidente de la República, Dr. Raúl Leoni, al Congreso Nacional.* Caracas, 11 de mayo de 1964.
- **López Contreras, Eleazar.** *Libro Rojo.* Ediciones Centauro. Caracas, 1985.
- **Méndez Sereno, Herminia.** *5 Siglos de Historia de Venezuela.* Ediciones Centauro. Caracas, 1997.
- **Otero Silva, Miguel.** *Escritos periodísticos.* Los Libros de El Nacional. Caracas, 1998.
- **Pacheco, Emilio José.** *De Castro a López Contreras.* Domingo Fuentes Editor. Caracas, 1984.
- **Pérez, Ana Mercedes.** El nuevo presidente de los venezolanos. Revista Elite, n° 1993. Caracas, 7 de diciembre de 1963.
- **Rodríguez Jiménez, Carlos.** *Upata.* Aguilar Ediciones. Madrid, 1964.
- **Sanín (Alfredo Tarre Murzi).** *Rómulo.* Vadell Hermanos Editores. Caracas, 1984.

- **Sosa Abascal, Arturo.** *Rómulo Betancourt y el partido del Pueblo (1937-1941)*. UCAB. Caracas, 2001.
- **Sosa Abascal, Arturo y Eloi Legrand.** *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla*. Ediciones Centauro. Caracas, 1981.
- **Stambouli, Andrés.** *La política extraviada. Una historia de Medina a Chávez*. Fundación para la Cultura Urbana. Caracas, 2002.
- **Suárez, Naudy.** *La oposición a la dictadura gomecista. El Movimiento estudiantil de 1928*. Antología Documental.
___ Congreso de la República. El Pensamiento Político venezolano del siglo XX. Caracas, 1983.
- **Valero, Jorge.** *La diplomacia internacional y el golpe de 1945*. Monte Ávila Editores latinoamericana. Caracas, 2001.
- **Varios Autores.** *Venezuela en Oxford-25 años de la Cátedra Andrés Bello*. Ediciones del Banco Central de Venezuela. Caracas, 1999.
- **Varios Autores.** *Diccionario de Historia de Venezuela*. Fundación Polar. Caracas, 1997.
- **Varios Autores.** *Leoni, una condición humana*. José Agustín Catalá, editor. Caracas, 1972.
- **Varios Autores.** *Pensamiento político venezolano del siglo XX Tomos 12,13, 15,19, 52, 53, 54, 55, 56, 61, 62*. Congreso de la República. Caracas, 1985.
- **Varios Autores.** *Leoni, una condición humana*. Avilarte. Caracas, 1972.

- **Varios Autores.** *Presencia de Raúl Leoni en la historia de la Democracia venezolana*. Edición homenaje del Congreso de la República. Caracas, 1986.
- **Varios Autores.** *Diario de Debates del Congreso Nacional*. Tomo I, Nos. 1-27. Caracas, 1959.
- **Velásquez, Ramón J.** "Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo". *Venezuela moderna 1926-1976*. Fundación Eugenio Mendoza. Caracas, 1976.

Los orígenes	9
Una infancia guayanesa	13
El estudiante en Caracas (1918-1928)	19
El primer exilio (1928-1936)	27
ORVE, PDN y el exilio, otra vez (1936-1937)	43
El abogado en Bogotá (1937-1939)	47
El regreso a Caracas y la primera candidatura de Rómulo Gallegos (1939-1941)	51
Los albores de un nuevo proceso y la crisis de octubre (1941-1945)	53
El ministro del Trabajo (1945-1948)	61
La vida nueva en otra parte (1949-1958)	69
Vuelta a la patria (1958-1963)	73
El candidato presidencial (1963)	85
El Presidente de la República (1964-1969)	91
Tres años finales (1969-1972)	107
Bibliohemerografía	111

Biblioteca Biográfica Venezolana

Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I
Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo II
José Gregorio Hemández / María Matilde Suárez
Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibiades
Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
Teresa Carreño / Violeta Rojo
Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
Rafael Rangel / Juan Carlos Chirinos
Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
César Girón / Gonzalo Jiménez
Francisco de Miranda / Inés Quintero
José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
Simón Bolívar / Jorge Olavarría
Antonio Guzmán Blanco / Elías Pino Iturrieta
Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de abril de 2005, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Raúl Leoni

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Rafael Arráiz Lucca

Abordar la personalidad de Raúl Leoni no es tarea simple. Fue un político ajeno a la imagen convencional que se tiene de los políticos. Rafael Arráiz Lucca ha escrito una excelente biografía del hombre y del político justamente porque penetró los rasgos fundamentales de su personalidad.

“Como ninguno de los gobiernos democráticos que nos hemos dado los venezolanos, el de Leoni crece pertinazmente con el paso de los años, y a la luz de las experiencias recientes, se acerca cada día más a una suerte de modelo”, escribe RAL, y añade: “Alejado de la inútil estridencia, pero eficaz en sus propósitos, su obra de gobierno supo convocar al trabajo de construcción nacional a los diversos sectores del país. Supo tejer una red con las agujas de todos los que aceptaron la invitación para adelantar la tarea, gracias a la humildad que suelen tener los grandes hombres para saber que todos son necesarios, y que las empresas colectivas que valen la pena son aquellas que no dejan a nadie fuera del mismo barco en el que vamos todos”.

Desde el origen de los cursos en Guayana en el siglo XIX, la adolescencia y la juventud en la UCV, la FEV y el 28, el exilio en Barranquilla y la frutería que les permitió sobrevivir, las discusiones en busca de una doctrina y de una ideología, el político que entendió como pocos el papel de la clase obrera en la estructuración de una sociedad democrática, los exilios, el ascenso, a su tiempo, a la presidencia de la República, todos estos episodios y etapas son analizados por Arráiz Lucca con visión de historiador. Leoni nació en Guayana en 1905 y murió en Nueva York en 1972. En estas páginas se perfila un Raúl Leoni como, en efecto, era el político guayanés.

Simón Alberto Consalvi



EL NACIONAL

BANCO DEL CARIBE